PREMIO CATARATA DE ENSAYO

Juanma Agulles

LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

El mundo urbano en la culminación de los tiempos modernos

CATARATA

PREMIO CATARATA DE ENSAYO

Juanma Agulles

LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

El mundo urbano en la culminación de los tiempos modernos

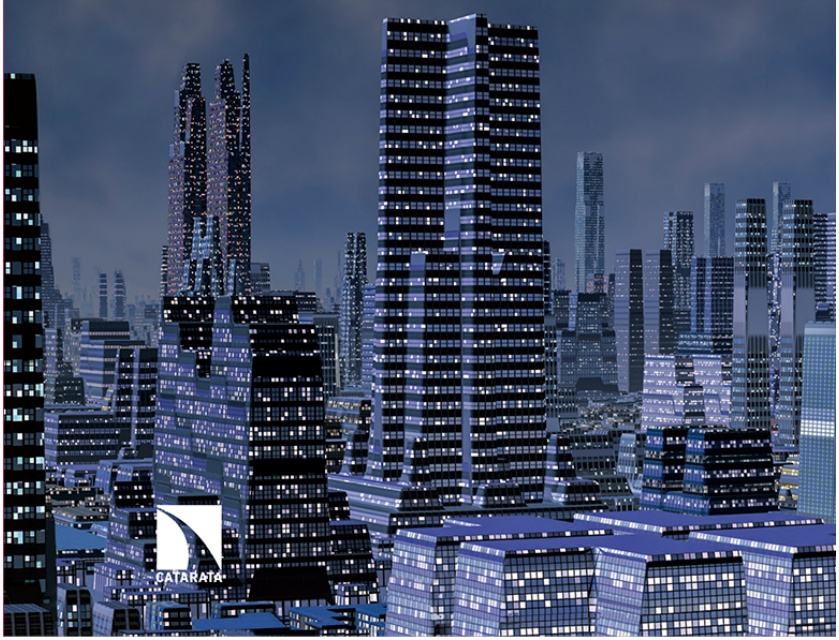
CATARATA

PREMIO CATARATA DE ENSAYO

Juanma Agulles

LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

El mundo urbano en la culminación de los tiempos modernos



CATARATA

Índice

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1. LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

CAPÍTULO 2. MISERIA Y DEFENSA DE LAS CIUDADES

CAPÍTULO 3. CIUDAD Y ARQUITECTURA POSMODERNA

CAPÍTULO 4. LA DECONSTRUCCIÓN LLEGA A LA CIUDAD

CAPÍTULO 5. ‘THEATRUM MACHINARUM’

CAPÍTULO 6. SALIENDO DE LA CIUDAD SIN LÍMITES

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

El jurado, compuesto por Constantino Bértolo Cadenas, Jordi Claramonte Arrufat, Ángeles Diez Rodríguez, Soledad Gallego-Díaz, Diego Palacios Cerezales, Emilio Santiago Muíño y Enrique Gil Calvo, otorgó el tercer Premio Catarata de Ensayo, el día 5 de octubre de 2016, a la obra de Juan Manuel Agulles Martos, La destrucción de la ciudad. El mundo urbano en la culminación de los tiempos modernos.

PREMIO CATARATA
DE ENSAYO 2016

La destrucción de la ciudad

El mundo urbano

en la culminación

de los tiempos modernos

Juanma Agulles

© Juan Manuel Agulles Martos, 2017

© Los libros de la Catarata, 2017

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

La destrucción de la ciudad.

El mundo urbano en la culminación

de los tiempos modernos

isbne:978-84-1352-313-2

ISBN: 978-84-9097-254-0

DEPÓSITO LEGAL: M-309-2017

IBIC: JFF/JFSG/AMVD

Este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

La industria puede prescindir de la ciudad antigua (preindustrial, precapitalista), pero, para ello, debe construir aglomeraciones en las que el carácter urbano se deteriora.

Henri Lefebvre

El derecho a la ciudad

Agradecimientos

A Fernando Díaz Orueta que, hace más de quince años, me inició en la reflexión sobre la ciudad y el urbanismo.

A Salvador Cobo, Peri Martínez, Miguel Sánchez y Adrián Almazán, por el trabajo conjunto en la revista Cul de Sac y las aportaciones que mejoraron este ensayo.

A Javier Rodríguez Hidalgo, por nuestras conversaciones, durante mi estancia en Bilbao, sobre la arquitectura posmoderna.

A Toni García, por las referencias sobre los anarquistas y la ciudad.

A Jordi Quiñonero, Rafa Arques, Ester Jiménez y Rafa (Bessó), por la resistencia.

A Sonia, por seguir siendo hogar y crítica implacable.

CAPÍTULO 1

LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

Las imágenes espaciales son los sueños de la sociedad. Donde quiera que se descifre el jeroglífico de cualquier imagen espacial, se presenta la base de la realidad social.

Siegfried Kracauer

Construcciones y perspectivas

Orígenes de la ciudad

La ciudad es una buena idea, cuyo peor defecto es haberse convertido en realidad. Su carácter paradójico y contradictorio es tan antiguo como los primeros intentos de realizarla. Es quizá la producción humana más elaborada (si dejamos a un lado el lenguaje) por su capacidad para reproducir la realidad social y modificar nuestras formas de vida durante miles de años. Entre las múltiples formas de nomadismo y arraigo, que en la naturaleza van desde la constante peregrinación de algunas aves a la permanencia de árboles milenarios que hunden sus raíces bajo la tierra, el ser humano no ha tenido que elegir entre ninguna de ellas para sobrevivir, y ha podido adaptarse tanto en pequeños grupos que se desplazaban siguiendo el curso y los cambios estacionales de la naturaleza como apiñándose en grandes construcciones artificiales que espoleaban su imaginación y la vida de su inteligencia hasta límites insospechados.

La determinación de los orígenes de la ciudad ha estado, por ello, envuelta en largas polémicas. Hay quienes dicen que fue el invento de la agricultura y la ganadería lo que permitió construir las primeras ciudades. Otros sostienen que en primer lugar apareció el deseo de congregarse, de estar juntos, y eso fue lo que hizo surgir la vida urbana; para mantenerla, se desarrollaron después la

agricultura y la cría de animales, aunque, probablemente, ambos impulsos se diesen a un mismo tiempo[1]. De modo que si se puede describir la construcción de ciudades como una expresión de la domesticación de la naturaleza, la conquista de otros pueblos, la esclavitud y las primeras diferenciaciones sociales, en castas o clases, también la encontramos asociada al cultivo, al rito reproductivo, al conocimiento profundo de las leyes que rigen la creación de la vida en un determinado lugar, al aumento de la densidad de las relaciones sociales y de las capacidades del trabajo humano colectivo para perseguir fines trascendentes.

Se ha dicho que las ciudades fueron una medida defensiva de las primeras sociedades sedentarias ante las bandas merodeadoras de grupos menos civilizados. Pero, si de librarse de una amenaza semejante se trataba, ¿por qué iba a ser mejor respuesta amontonarse y esperar quietos en un lugar fortificado que dispersarse en pequeños grupos por todo el territorio? ¿Se construyeron ciudades por miedo a las hordas saqueadoras o más bien aparecieron estas porque en las ciudades había algo que saquear?

El recinto amurallado no solo cumplía una función militar, era también una forma de contención, una delimitación de los poderes que la agrupación humana era capaz de congregar, una señal de pertenencia y un símbolo de unión permanente de aquellos que habitaban aquel cosmos artificial. Era, también, una seña de libertad y autonomía respecto a todo aquello que no era la ciudad. En los momentos en que poderes absolutos y centralizadores consiguieron someter la voluntad de grandes masas de seres humanos, cuando surgieron imperios estables y monarquías teocráticas, algunas ciudades se abrieron al horizonte sin necesidad de marcar diferencias con sus murallas. Su apertura era una señal de dominio y poder, que pretendía extender su influencia ilimitadamente.

Esta relación entre lo abierto y lo cerrado, lo que necesita expandirse y dominar constantemente y aquello que permanece estable y se reproduce de forma autónoma se ha expresado en las ciudades desde hace aproximadamente 5.000 años[2].

Si la guerra pudiese explicar el origen de las ciudades aún habría

que entender por qué, a menudo, se destruyeron con una saña más allá de la victoria militar —"sembrando con sal sus campos"—, intentando borrar todo recuerdo de su existencia para inmediatamente después reconstruirlas, fortificarlas y adornarlas, ofreciéndolas así a la siguiente destrucción. Destrucción que sería obra, principalmente, de habitantes de otras ciudades. Probablemente la guerra como institución permanente fue un producto de la civilización y no la causa de las formas estables de los asentamientos humanos.

Lewis Mumford[3] veía en las necrópolis y los santuarios neolíticos los indicios de una embrionaria mentalidad "urbana", los primeros asentamientos estables que atendían no tanto a la satisfacción de las necesidades básicas como a la pretensión de trascendencia, a la voluntad de generar una determinada memoria y una primera transmisión cultural. Pero los restos de esta voluntad humana de permanencia no se encuentran exclusivamente en los hallazgos arqueológicos, que nos revelan los aspectos materiales de lo que debió ser una unión mucho más compleja. Una unión cuya explicación no se agota con el relato economicista de la generación de excedente o la fundación política para la dominación de la naturaleza y de otros grupos humanos. Todas esas fuerzas, ciertamente, coexistieron en las ciudades, pero nada indica que alguna de ellas fuese causa única de la agrupación humana en ciudades.

A cada paso que recorremos en la genealogía de la ciudad buscando su origen unívoco nos encontramos más perdidos (como cuando nos despistamos y aparecemos en uno de esos nuevos ensanches de urbanizaciones cerradas donde cada calle es idéntica a la anterior). Quizá debamos admitir un origen múltiple, tan heterogéneo como las estrategias que han utilizado diversos grupos humanos para subsistir en la naturaleza a lo largo de milenios. Así podríamos entender cómo, en estos tiempos en los que la urbanización se amplía a todo el planeta, la movilidad y ciertas formas de "nomadismo" crecen en la misma medida que la extensión del mundo artificial.

Aun más: ¿por qué nos empeñamos en seguir dando el mismo nombre a conglomerados urbanos que después de siglos de

transformaciones solo guardan un parecido remoto con lo que fueron sus primeros asentamientos? El empeño en conservar los monumentos del pasado y restaurar su vigencia solo se generalizó cuando las ciudades comenzaron a perder su capacidad para seguir siendo depósito de la memoria cultural y la vida colectiva que albergaban. Los hitos y monumentos de las ciudades, vaciados de su contenido comunitario y ritual, envueltos en nuestras formas de vida contemporáneas, se convierten en ofrendas a la desmemoria, petrifican la experiencia y la convierten en un reclamo turístico de primer orden.

Los turistas que visitan lugares como París, Londres o Barcelona realizan en realidad un recorrido por el paisaje de sus ensueños. Nada encuentran allí que previamente no estuviese depositado en su imaginación. Si por un momento salen del itinerario marcado por los hitos reconocibles que toda postal se encarga de recordar en las tiendas de souvenirs, el continuo urbano a su alrededor se vuelve a la vez indescifrable y extrañamente familiar. El turismo en muchas ciudades solo se ha convertido en un activo económico cuando la vida urbana ha sido reducida a un ir y venir sin sentido, es decir, cuando esas ciudades se han vuelto prácticamente inhabitables.

Uno reconoce enseguida al verdadero habitante de una ciudad cuando la critica con ironía, desmiente sus encantos, evita los lugares monumentales y la condena con una pasión que nos resulta familiar: la de aquellos que aman.

La ciudad desencanta a quien la habita, y en eso tal vez reside su mayor atractivo. La vida cotidiana desmiente sus promesas a diario y, sin embargo, su “aire de libertad” permanece. Tiene la extraña capacidad de conservar, pese a todo, su apariencia. Y ese es un principio irrenunciable de la urbanidad: guardar las apariencias. En sus calles, sus plazas y sus mercados, se aparecía sobre todo para ser visto. Aquel era el gran teatro de la farsa humana en el que todos los papeles cobraban sentido. Así, cuando las burguesías de todo el mundo se lanzaron a construir teatros en sus grandes ciudades —teatros dentro del teatro— dieron una prueba inmejorable de su perverso refinamiento y decadencia.

La ciudad ha tenido históricamente la capacidad de reunir una gran diversidad de formas de vida; distintos oficios y familias, anhelos y

ambiciones, religiones y códigos de conducta generaron un depósito común de memoria y una dinámica de creación de sentido propia y relativamente autónoma. La concentración de energías humanas en la ciudad ha sido, por ello, la obra más acabada del ser humano y, a la vez, la que se ha llevado a cabo con mayor espontaneidad. Pero su crecimiento, la intensificación de las fuerzas simbólicas, económicas y técnicas que agrupaba, siempre se encontró frente al problema del poder, al aumento de la necesidad de control y centralización, y a las formas de mantener los precarios equilibrios internos mediante el recurso de la guerra en el exterior y de la división de funciones y la represión en el interior.

En los inicios de nuestra era moderna la ciudad se convirtió en escenario de una antigua y cruenta guerra entre la opresión y la libertad. Los hitos de sus batallas, de sus victorias y derrotas, están asociados históricamente a los nombres de unas cuantas ciudades. Partidarios de un bando y de otro las condenaron y ensalzaron, a menudo con argumentos similares. Para unos la ciudad era un foco de miseria y degradación donde aparecían indeseables que aprovechaban la desmoralización y el hambre para promover la sedición y el amotinamiento. Para otros la ciudad era la cloaca donde iban a parar los desechos de la alienación y la explotación, y el caldo de cultivo donde se forjarían los futuros rebeldes hasta que la ciudad entera se levantase en armas al grito de “pan o plomo”.

La ciudad exalta los afectos: tanto el amor al orden como el odio a la tiranía. Desata la pasión por la libertad en la misma medida en que despierta el anhelo de seguridad. Ofreció la oportunidad de tejer alianzas fraternas con aspiraciones tan grandes que llevaron a la convicción de que el ser humano tenía una historia y que era posible orientarla hacia la libertad organizando los esfuerzos de su voluntad. En momentos así, de fervor revolucionario, las ciudades se convirtieron en un hervidero siempre a punto de desatar la conflagración que las destruiría. En los periodos de paz social y comodidad, como podrían ser los nuestros en los países más industrializados, deparan a muchos la experiencia desesperante de una profunda soledad, más sentida por estar rodeada de una multitud que tampoco encuentra compañía.

La ciudad parece condenada, por eso, a ser siempre escenario de las

victorias memorables de la condición humana y, a la vez, ruina permanente que atestigua el fracaso de nuestros esfuerzos por librarnos de la opresión. Un punto de llegada del que siempre queremos partir. O como alguien dijo: “El Universo, menos la inocencia”.

La ciudad desaparece

Hoy muchas ciudades están desapareciendo. Es el efecto producido por la urbanización y la extensión sin límites de su lógica contradictoria. Sobrepasada cierta escala, el sueño de la vida urbana se convierte en pesadilla. Una realidad que no se puede trascender, pero que no deja de reproducirse de manera implacable. En ese desarrollo que se basta a sí mismo, que no es capaz de detenerse ni estabilizarse, el crecimiento es la única meta. Las infraestructuras urbanas se extienden irremisiblemente por todo el territorio. Así se hace más profunda la dependencia de la ciudad y dentro de ella, y crece del mismo modo el aparato de dominio necesario para mantenerla con vida. En la culminación del mundo urbano las ciudades son, por eso, cadáveres con una salud de hierro. Sus defensores, en el fondo, las han dado ya por perdidas, y sus detractores no son capaces de concebir un mundo en el que ya no sean necesarias. Unos las aman porque les permiten no necesitarlas, y otros las necesitan para poder combatirlas.

Desde los inicios del desarrollo capitalista, el mercado inmobiliario urbano funcionó como un sector estratégico al que remitir los beneficios en periodos de bonanza, inmovilizando capital. De este modo, la ciudad industrial se comportó, en parte, como un depósito de capital fijo acumulado por una producción previa.

Las dinámicas de creación de valor a partir del uso y edificación del suelo urbano han sido históricamente las que han condicionado el acceso a la ciudad dentro del mundo moderno, y ha estado siempre marcado por la carencia, la segregación y la especulación. La construcción de la mercancía “ciudad” atiende, según explicó David Harvey, a determinadas características del suelo urbano que la

diferencian de cualquier otra mercancía:

El suelo y sus mejoras tienen una localización fija. Esta localización absoluta confiere privilegios monopolistas a la persona que posee el derecho a determinar el uso de dicha localización. […] El suelo y sus mejoras son mercancías de las que ninguna persona puede prescindir. Yo no puedo existir sin ocupar un espacio, no puedo trabajar sin ocupar un lugar y sin hacer uso de los objetos materiales localizados en ese lugar y no puedo vivir sin una vivienda del tipo que sea. […] El suelo y sus mejoras, y los derechos relacionados con él, proporcionan la posibilidad de almacenar riquezas (tanto para los individuos como para la sociedad). [Y] han sido históricamente el depósito más importante de valores almacenados[4].

Esto hace posible que la estructura urbana reproduzca las jerarquías inauguradas por el capitalismo industrial, donde "el rico puede dominar el espacio, mientras el pobre se encuentra atrapado en él".

Jan de Vries[5] propuso dos modelos de urbanización que habían estado presentes en la historia de Europa: la creación de nuevas ciudades y la concentración urbana. En la primera, los nuevos núcleos de vida urbana se abren dentro de la sociedad y su crecimiento se debe fundamentalmente a los requerimientos de las innovaciones técnicas y de organización de la acumulación de capital. Por lo general, la creación de nuevos núcleos urbanos tuvo lugar en momentos de una acumulación "desequilibrada", con fuerte presencia de las iniciativas empresariales (individuales y familiares) y poca regulación social sobre el proceso. Era la ciudad la que se extendía al conjunto del territorio y del espacio social.

En el segundo caso, el de la concentración urbana, la ciudad se enfrenta con la sociedad. El proceso se ve facilitado por la concentración de funciones y por las innovaciones que abaratan ese proceso. Crece también el control, desde la ciudad, de actividades ampliamente difundidas en el conjunto de la sociedad. Esta variante de la urbanización se producía, siempre según De Vries, en

momentos de acumulación que él denomina “equilibrada”, donde las regulaciones sociales sobre la urbanización eran más fuertes. Aquí son las personas las que acuden desde el resto del territorio a la ciudad.

Pero esas dos tendencias, tras la extensión del proceso de industrialización, parece que se acaban por unir en un desarrollo de escala mayor. La nueva realidad urbana surgida en la segunda mitad del siglo XX, que concentraba cada vez más poder e incorporaba más ámbitos del territorio a su dinámica de expansión económica, y que al mismo tiempo fundaba nuevos asentamientos urbanos para los que el nombre de ciudad era poco más que un abuso del lenguaje, fue bautizada por Jean Gottman, en los años sesenta, como “megalópolis”. La articulación de megarregiones urbanas en la culminación de nuestra sociedad tecnológica ha seguido también tanto la lógica de la concentración como la de la fundación de nuevos espacios urbanizados, haciendo desaparecer la ciudad como elemento histórico y forma de construir el espacio social.

Esta reproducción ampliada de la vida urbana se da, además, en un contexto tecnológico muy diferente al de la primera urbanización de Europa que analizó De Vries, con un capitalismo integrado a escala planetaria y patológicamente dependiente de combustibles fósiles no renovables para mantener su crecimiento, lo que produce dinámicas inéditas en la historia de la modernización.

Así, el modo de vida urbano se convierte hoy en la utopía realizada de la industrialización. Para tomar forma ha necesitado destruir tanto el mundo rural[6] como las ciudades que florecieron a lo largo de la historia humana. Y, por raro que parezca, muchos urbanistas soñaron con un mundo sin ciudades. Quisieron conservar la modernización y la industria sin la aglomeración caótica de la ciudad. Pocos fueron sensibles a su ambigüedad y su contradictoria naturaleza, a los precarios equilibrios sociales que sostuvo durante siglos y a su relación orgánica y conflictiva con el entorno local y regional del que surgieron[7].

En gran medida, el programa del racionalismo, de la ciudad jardín e incluso del desurbanismo soviético obtuvo victorias parciales sobre las ciudades, que aceleraron su decadencia. Pero, en su lugar,

aquello que surgió no fue el reino de la abundancia y la libertad, sino algo muy distinto. Un mundo urbanizado en el que la mayoría de los habitantes de las ciudades persiguen un sueño por encima de cualquier otro: abandonarlas a tiempo.

Los pioneros en la gran aventura de escapar de la ciudad industrial fueron los representantes de aquella llamada "clase media" que, motorizados y pertrechados de modernidad, irreductibles en su romanticismo, expandieron la vida suburbana. A partir de los años cincuenta del siglo pasado, y comenzando con la prototípica Levittown, el suburbio residencial norteamerciano encontró posteriores desarrollos en Europa y en América Latina, extendiendo tanto sus pautas formales de urbanización como un determinado modo de vida.

Como toda vanguardia exitosa, sus ideas murieron al popularizarse y la fiebre de la "vida en las afueras" remitió de pronto cuando se hizo evidente que, en su huida, se habían llevado la ciudad tras ellos. Pero, a menudo, dejaron el cadáver de la ciudad pudriéndose en sus centros, convertidos por la paulatina desinversión y la decadencia en agujeros a los que iban a parar aquellos que no salían victoriosos de la guerra por la supervivencia en el ámbito urbano. Un paisaje de pesadilla, retratado a menudo por el cine y la televisión, que espoleaba constantemente esa necesidad de abandonar la ciudad a toda costa por parte de aquellos que deseaban una "vida tranquila" en los suburbios.

Hoy, nuevas clases medias vuelven a habitar los centros de las megalópolis. El ciclo del capital ha renovado el interés económico, y un ánimo de revancha contra aquellos que lograron permanecer y habitar ese espacio enfrentándose a la degradación se abre camino. En muchos lugares se asiste a una nueva confrontación entre la opresión y la libertad dentro de la ciudad. Los nuevos propietarios del espacio urbano codician estos lugares con un alto valor simbólico (a parte del puramente económico) porque es allí donde cobran sentido sus señas de distinción y reconocimiento.

Sin embargo, cada vez necesitan menos de esa centralidad urbana. La ingente red de información y el desarrollo de las tecnologías han generado un espacio paralelo donde la vida urbana subsiste más allá de su realidad física. Si algunas comunidades urbanas lucharon

contra los procesos de gentrificación, y en defensa de sus propias formas de habitar la ciudad[8], la próxima desgentrificación no tendrá resultados mejores en lo que se refiere a la vida en la ciudad[9].

Por eso podemos afirmar que las ciudades están desapareciendo, aunque sobrevivan en el refinado gusto de algunos sibaritas y en la propaganda de la industria turística. Estos dos ámbitos están, además, condenados a anularse mutuamente. Cada vez que el gusto urbano se sofistica, abre un espacio de diferenciación que la industria no tardará en intentar cubrir. Aquel que quiere tener el privilegio de disfrutar del "encanto del verdadero Buenos Aires" —o Berlín o Madrid—, se convierte en vanguardia del ejército turístico. Lo que busca solo existe en su imaginación, pero la realización de sus sueños será probablemente mucho peor que sus dudosos gustos. Porque una vez saturada la industria turística, el reemplazo por un nuevo destino dejará tras de sí un conglomerado urbano que muy difícilmente escapará a una angustiosa decadencia[10].

Escapar de la vida urbana, buscar el camino de regreso a un entorno natural donde encontrarnos a nosotros mismos, es una tradición casi tan antigua como la ciudad. Al menos desde Petrarca, podemos rastrear ese impulso compensatorio hacia la soledad y la ausencia de artificio que una sobreexposición a la vida social de las ciudades inevitablemente propicia, sobre todo en los momentos en que amenaza con convertirse en la única forma posible de habitar el mundo.

Pero vivir en los márgenes de la ciudad, salir al encuentro de la naturaleza salvaje, se vuelve una pretensión imposible cuando el mundo urbanizado ha hecho saltar por los aires cualquier noción de límite. A menudo, quienes tratan de abandonar la ciudad se encuentran con sus formas de vida reproducidas en los lugares más insospechados. El mundo rural ha sido también industrializado, y en muchos lugares las nocividades de la agroquímica compiten en virulencia con los subproductos tóxicos de cualquier otra industria. Tanto que es posible que pasear por una avenida de una gran ciudad no sea necesariamente más nocivo para nuestra salud que la coexistencia rural con multitud de plaguicidas y venenos químicos vertidos sobre los campos de cultivo industrializados.

El eremita más radical solo llamará la atención de unos cuantos

urbanitas cuando algún medio de comunicación dé cuenta de su hazaña, mientras que a ojos de su vecino rural será poco más que un excéntrico. “¿Por qué irse tan lejos a buscar la soledad cuando en la ciudad se puede gozar de un aislamiento compartido mucho más confortable?”, se preguntará la mayoría.

Ciudades instantáneas

Pero si la culminación del mundo tecnológico nos ha legado la destrucción de la ciudad como uno de sus “logros”, no por ello ha dejado de producir determinadas formas de hábitat muy relacionadas con la instantaneidad y con los requerimientos de la aceleración en el proceso de destrucción creativa del espacio, necesario para mantener el crecimiento económico. El halo de provisionalidad que cubre toda la modernidad tardía se expresa también en una banalización del espacio urbano[11], en las construcciones más efímeras, y la fecha de caducidad de muchos emplazamientos que solo cumplen una función específica dentro de lo que algunos han llamado metápolis (o ciudad de ciudades).

Esta forma de construcción del hábitat humano está relacionada directamente con la aceleración, tanto de los cambios tecnológicos como de las estructuras sociales. La cercanía y la vecindad cada vez tienen menos importancia como atributos de la ciudad: “La cercanía o distancia social ya no se hallan relacionadas con la distancia espacial; nuestro vecino puede ser un extraño para nosotros, mientras que alguien que se encuentra al otro lado del mundo puede ser nuestro compañero más íntimo”[12].

En la ciudad instantánea, las relaciones sociales cara a cara pierden su razón de ser. Es posible estar “solos juntos”, y al mismo tiempo experimentar a diario la pertenencia a otros espacios sociales que tienen una relación muy lejana con nuestro entorno más inmediato (ya sea natural o artificial). Por eso la construcción provisional, la urbanización cerrada hacia el interior, el asentamiento ex novo cuya conexión al conjunto puede realizarse exclusivamente tanto por la autopista para automóviles como, cada vez más, por la

autopista de banda ancha para la circulación de “datos”, se convierten en las tipologías predominantes.

En los Estados Unidos han aparecido en la última década las “ciudades rodantes”. Circulan por el territorio norteamericano cerca de ocho millones de autocaravanas que cambian su ubicación según la estación del año, buscando los climas cálidos durante el invierno. “Pájaros de invierno” (snowbirds), llaman a sus ocupantes. Utilizan los cerca de 16.000 parques de caravanas habilitados en todo el país para llevar su existencia nómada. Invirtiendo la lógica vacacional, han comenzado a convertirse en viviendas habituales para una población de rentas medias-altas que supieron salir de la ciudad justo en el momento en que esta se iba a pique. Así llegan, viven unos meses en una comunidad creada ad hoc, con los servicios urbanos y las áreas funcionales básicas de cualquier barrio, para después desaparecer sin dejar rastro. En Quartzsite, una aldea de Arizona de solo 3.000 habitantes, en los meses que van de octubre a marzo se instalan miles de autocaravanas, haciendo crecer la población hasta el millón de habitantes[13]. Es la forma más extrema de la ciudad instantánea.

Mientras, las ciudades provisionales se reproducen en todo el mundo por razones muy distintas. La guerra y sus campos de refugiados en tiendas de campaña montadas con urgencia por organizaciones filantrópicas, los cientos de slums y poblados de chabolas, las comunidades de los barrancos y los pueblos enteros crecidos en las inmediaciones de los vertederos de grandes metrópolis. La urbanización moderna consiste también —se podría decir que sobre todo— en la multiplicación de esos lugares. Al mismo tiempo, como para compensar la pérdida, se convierten las viejas ciudades en museos y parques temáticos donde una minoría puede recrear sus ideas de una vida urbana y unas ciudades que ya no volverán. Desaparecida la posibilidad de su experiencia, queda ahora disfrutar de un “recuerdo” preparado y digerido previamente. A veces conmovedor, y generalmente espantoso.

La crisis abierta por el fenómeno de la urbanización de la existencia va mucho más allá de la inviabilidad física, ecológica, de todas las grandes ciudades, desde hace tiempo constatada. La integración en el mundo urbano ha creado nuevos espacios diferenciados para dar

cierta variedad a un modo de vida en lo fundamental homogéneo. De ahí la tematización de muchos centros históricos de ciudades europeas y la especialización urbana en distintas formas de consumo turístico, como también la aparición de regiones hiperespecializadas de la alta tecnología como Silicon Valley o Bangalore, cuya contracara son los vertederos tecnológicos en ciudades del sudeste asiático.

Han sido las ciudades de tamaño medio las que más han crecido en las últimas décadas, pugnando por entrar en una competencia global depredadora por atraer a unos cuantos millones de turistas y algunas inversiones. Los medios de comunicación y el transporte acelerado, la gran industria de la propaganda moderna —llamada publicidad—, colaboran, además, para extender el modo de vida urbano a cualquier rincón a través de sus imágenes y símbolos.

Los modernos habitantes de las metrópolis, saturados de urbanidad, acaban buscando lo original, la experiencia de un mundo menos domesticado y sueñan con parajes naturales y comunidades auténticas; mientras, los refugiados y expulsados de aquellos lugares donde la modernización generó sus tierras quemadas llaman a las puertas de las ciudades prósperas, que los reciben con alambre de espino y fuego real. Unos quieren salir de ellas, otros entrar a toda costa, pero nadie parece poder habitarlas.

La mutación antropológica que significa esta vida urbana que pretende extenderse a todo el territorio, consumidora voraz de suelo cultivable y fuentes de energía, generadora de ideología y burocracias internacionales de todo tipo (con tal de asegurar su llamada gobernanza), es de una dimensión que todavía no nos permite ver con claridad todos sus resultados. El más inmediato sería el crecimiento de la opresión política consustancial a la centralización que todo conglomerado urbano históricamente exige. El que más debiera preocuparnos es esa tendencia de cualquier revuelta contemporánea a no aspirar más que a una mejor posición dentro de la ciudad sin límites.

La aparición de megarregiones urbanas, donde sobreviven más de 20 millones de personas, es una forma inédita de habitar el espacio en nuestra historia. Mantener los niveles de consumo que exige la vida urbana moderna y, al mismo tiempo, contrarrestar las enormes

fuerzas de disgregación que surgen en su crecimiento incontrolado requiere de una organización social con poderes tan vastos que escapan a cualquier noción de comunidad que hayamos conocido. Y la comunidad, los bienes comunales y el municipio no solo están ligados etimológicamente[14], sino que han supuesto, durante milenios, el hábitat natural sobre el que se construyeron todo tipo de sociedades. La posibilidad de la vida en la ciudad desaparece cuando desaparece ese hábitat.

En el curso de la última modernización ha quedado demostrado que podemos urbanizar el mundo a costa de la destrucción de las ciudades y alzar una realidad urbana que amenaza no solo con la desestabilización social, la guerra y la degradación de las aspiraciones humanas, sino que está en curso de poner en peligro la mismas formas de reproducción biológica que han sido nuestro sustento durante miles de años. La pregunta es si seremos capaces de dejar de ser urbanitas y detener así este ciclo de la destrucción sin necesidad de abandonar para ello la idea de la ciudad.

CAPÍTULO 2

MISERIA Y DEFENSA DE LAS CIUDADES

En cada metrópolis, la chispa de alma que hay en cualquier hombre comienza, a la larga, a hundirse completamente, o bien a estallar como descontento social, acaso con murmullos de revuelta.

Patrick Geddes

Ciudades en evolución

Límites de la ciudad, límites de la crítica

En la culminación del mundo industrial, el paisaje urbano se extiende más allá de cualquier límite. El homo sapiens urbanus se alza ufano desde su atalaya tecnológica, orgulloso de sus conquistas, y todo lo que su vista alcanza está cubierto por la espesura de carreteras, puertos, vías férreas, cableado, puentes, canales, presas, automóviles, trenes, barcos y aviones. Crecen las infraestructuras, las comunicaciones se multiplican a un ritmo vertiginoso, el volumen de mercancías que recorren el planeta de punta a punta se mide por millones de toneladas. La conexión al ritmo del comercio internacional y al espasmo de la vida urbana está garantizada durante las 24 horas del día. En América y Europa hay más urbanitas que habitantes rurales, y en África y Asia el hito del 50 por ciento será sobrepasado en las próximas décadas. El homo sapiens urbanus ya no se ve reconocido en su antepasado provinciano que habitaba la “aldea global”, sino que se siente a sus anchas en el espacio de la metápolis, la ciudad de ciudades, donde las distancias tienden a desaparecer y el tiempo se comprime. El no lugar es su lugar. En su imaginario, el skyline de Nueva York o el Gugennheim de Bilbao compiten en fuerza simbólica con las antiguas catedrales. Mire a donde mire, sea al campo o a la ciudad, ve la forma de vida urbana, esa compulsión que lo mantiene alerta

y que vertebra su existencia. Todos los medios de comunicación a su alcance, la marea de información que anega su día a día, le recuerda que forma parte de esa megalópolis de la que no puede escapar —y se lo debe recordar, precisamente, porque su pertenencia está siempre en entredicho—. En su cautividad indolora, cree que ampliando al infinito los dominios de su encierro podrá conseguir algo parecido a un sucedáneo de la libertad.

La dinámica del crecimiento urbano tiende a la totalidad, pero lo que desaparece sepultado por este desarrollo implacable es también, y sobre todo, la ciudad. Así, aquello que se extiende con el proceso de urbanización en el capitalismo tardío es lo que algunos han denominado antípolis: la negación de la ciudad, entendida como forma histórica de habitar el espacio, para dar paso a algo sin forma determinada, que fluye constantemente, destruyendo a su paso aquello de lo que se nutre para crecer. El depósito común de memoria que se iba sedimentando en las ciudades sucumbe ante esta transformación urbana sin precedentes, y en Antípolis "la continuidad y la permanencia han dejado paso a la convulsión y la provisionalidad"[15].

El desarrollo urbano de nuestra era industrial es inseparable del Estado y la técnica, y ha modificado radicalmente tanto el mundo rural (que en muchos aspectos casi ha desaparecido) como la vida de las ciudades (que en nuestros días agoniza), destruyendo todo aquello que les permitía mantener cierta autonomía frente a los procesos de modernización. Como sostuvo Lewis Mumford en su Historia natural de la urbanización: "La ciudad y el campo no son dos cosas diferentes y aparte, sino que, antes bien, constituyen una forma similar y única de cohabitación"[16].

Es un error oponer la ciudad al campo. La oposición más reveladora es aquella que enfrenta el desarrollo urbano con el ámbito rural y la vida en la ciudad. De modo que una crítica del urbanismo debería explicar el proceso por el que las ciudades estallaron y se esparcieron más allá de los límites que les imponía esa cohabitación única con el campo y el difícil equilibrio en que se mantuvieron sus relaciones durante siglos. De este modo, quizá podríamos concluir que no es "la ciudad" lo que crece con el desarrollo urbano actual, sino precisamente algo contrario a ella, y que la ha vuelto tan

inhabitable como imprescindible para un proceso de acumulación económica devastador.

La forma ciudad ha estado presente a lo largo de toda la historia de la humanidad. Mejor, la historia, como tal, nació en el seno de asentamientos humanos estables. Confundir el proceso de urbanización inaugurado por el industrialismo con el fenómeno humano de la construcción de ciudades es semejante a equiparar la transgénesis y la nanotecnología con el telar mecánico y la imprenta.

No hay ni historia, ni pensamiento ni sociedad sin alguna forma de hábitat colectivo, sin alguna forma de ciudad. Como sostenía Gustav Landauer: "Jamás ha habido individuos aislados: la sociedad es más vieja que el hombre. A los tiempos de disolución, declinación y decadencia les está reservado crear algo así como individuos atomizados y aislados: parias que no saben a dónde pertenecen"[17].

El homo sapiens urbanus ya no puede pertenecer a la ciudad, por eso reconstruye una pertenencia anterior, casi mitológica, al abrigo de un mundo natural que también ha sido destruido por el empuje de la sociedad industrial. Es esta nostalgia de un origen, la ansiedad por la pertenencia a algo estable, lo que ha espoleado las continuas olas suburbanizadoras de las clases medias, que siempre desean escapar de la ciudad a cualquier precio.

La sociedad capitalista surgida del proceso de modernización industrial se dotó a sí misma de un mito al que ha sacado mucho rédito: la historia es una secuencia civilizatoria que llega a su clímax en la gran ciudad industrial partiendo de unos cuantos salvajes en cuatro chozas. Un ejemplo lo encontramos en el artículo canónico de Louis Wirth, titulado "El urbanismo como modo de vida"[18]: "En ninguna parte ha estado la humanidad más alejada de su naturaleza que bajo las condiciones de vida propias de las grandes ciudades. El mundo contemporáneo ya no presenta el cuadro de pequeños grupos aislados de seres humanos dispersos sobre un vasto territorio, tal como Sumner (1906) describió a la sociedad primitiva".

Al situar estos dos términos en los polos opuestos de un proceso que en sí mismo era incuestionable, la mentalidad antiurbana, de

regreso a lo salvaje, se encontró embrollada desde el inicio con el proceso de acumulación y la visión de nuevos territorios vírgenes por conquistar. Algunos estudiosos del proceso de urbanización en Estados Unidos han identificado esta mentalidad de frontera[19], de la conquista del salvaje oeste, como una fuerza motriz de las clases medias, que actuó tanto en los procesos de suburbanización de mediados de siglo XX como en los procesos recientes de gentrificación de los centros urbanos en decadencia.

Pero si la era industrial consagró el precepto de que el crecimiento de las ciudades y su independencia de las condiciones del Antiguo Régimen iban ligadas al ascenso y desarrollo de las fuerzas de producción, de las fábricas y de las innovaciones tecnológicas, la realidad fue muy distinta. El mundo industrial y las conquistas del Estado y la técnica se hicieron mayoritariamente contra las ciudades. Y las ciudades existieron antes del desarrollo capitalista y en muchas ocasiones, enfrentadas a él. Horacio Capel afirmó: "La jerarquía de las ciudades europeas se configura a lo largo de la edad moderna y estaba plenamente dibujada a comienzos del siglo XVIII […] los cambios introducidos por la Revolución industrial consistieron solamente en el crecimiento de las ciudades menores y la adición al sistema urbano de nuevas ciudades"[20].

El problema fundamental es ese "solamente". El salto de escala que produjo la aceleración del proceso de acumulación industrial, hizo crecer algunas ciudades europeas más allá de sus límites naturales[21], aceleró sus dinámicas de auge y decadencia, agudizó la segregación y diferenciación espacial por la división del trabajo y la consiguiente proletarización, propició la aparición de grandes poderes para asegurar su gobernabilidad y, sobre todo, las incluyó en una escala espacial distinta y ajena a sus propias necesidades: la nación, donde el Estado regulaba el proceso de urbanización limitando el poder local de las ciudades y comunas. En último término, sometiéndolas bajo el fuego de la artillería de los primeros ejércitos regulares y, más tarde, bombardeándolas desde el aire.

En nuestros días ya casi no quedan ciudades; al menos en el sentido histórico que tiene la palabra. Los procesos de integración en el capitalismo avanzado han generado otras formas de producción del espacio más adecuadas a sus fines, y la destrucción de la ciudad

como forma de habitar el espacio hace ya tiempo que se ha convertido en un hecho. Primero, por la desarticulación de las relaciones sociales, y la fragmentación y especialización funcional de sus áreas. Más tarde, mediante la represión abierta en los casos de aquellas comunidades urbanas, barrios o distritos que aún planteaban algún tipo de resistencia. Finalmente, mediante la demolición y la "rehabilitación"[22].

Por ello, la crítica que se opone a la ciudad tiene un límite claro, y es que ha sido llevada a la práctica con notable éxito por el proceso del desarrollo urbano de los últimos 200 años. Ya en los años setenta del siglo pasado, un historiador del urbanismo podía afirmar: "La ciudad occidental moderna, hija del desarrollo tecnológico, resultaría hasta el momento como algo abortivo y frustrado […] lo que caracteriza a la ciudad contemporánea es precisamente eso, su desintegración"[23].

Hay que ser muy optimista para llamar "ciudades" a lo construido durante dos siglos de industrialismo. En primer lugar, porque no es probable que duren ni siquiera una mínima parte de lo que resistieron el paso del tiempo las ciudades históricas que la humanidad ha conocido. Es dudoso incluso que muchas construcciones del urbanismo contemporáneo lleguen a ver el paso de más de una generación.

En segundo lugar, porque el megatugurio, el slum planetario, la construcción provisional y precaria en zonas inundables y laderas (el barranquismo), los campos de refugiados y poblados de chabolas, las ciudades rodantes y las casas prefabricadas puede que sean las construcciones más generalizadas de nuestra era industrial, junto con los enclaves de almacenamiento, distribución y ensamblaje de mercancías y las tecnópolis que proliferan en todo el mundo.

En tercer lugar, porque, si históricamente la ciudad representó para muchos el espacio de la autonomía y la libertad frente a los condicionamientos naturales y las jerarquías hereditarias, hoy la producción urbana ha dado lugar a un entramado donde reinan la dependencia y la sumisión a unos poderes que ya no residen en el seno de ninguna comunidad.

Quizá por ello, para describir esta nueva forma de habitar el espacio, hija del desarrollo industrial y fundamentalmente destructiva, se ha tratado de acuñar los más diversos nombres desde hace un siglo: conurbación (Geddes, 1915); exploding metropolis (W. H. Whyte, 1958); ciudad región (De Carlo, 1962); megalópolis (Gottman, 1964); suburbia/tecnourbia (R. Fishman, 1987); ecópolis (Magnaghi, 1988); ciudad difusa (F. Indovina, 1990); edge city (Garreau, 1991); ciudad global (Sassen, 1991); ciudad informacional (Castells, 1995); exópolis (E. W. Soja, 2000); elusive metropolis (R. Lang, 2003), por citar solo unos cuantos.

Y el proceso no ha dejado de extenderse por todo el mundo. Gran parte de las metrópolis que albergan más de 10 millones de habitantes se encuentran en los países denominados "en vías de desarrollo". El cambio antropológico que la totalización del proceso urbano conlleva aún no ha finalizado y puede que no seamos conscientes de él hasta que sea demasiado tarde.

El proceso acelerado de urbanización hizo explotar las ciudades desde su interior, generando un vacío que se extiende con cada nueva conquista de territorio, aumentando su huella ecológica, dilapidando recursos y fortaleciendo a cada paso las condiciones de dominación necesarias para tratar de gobernar un caos ingobernable. Así, la urbanización total se convierte en punto de llegada de la sociedad industrial en su etapa tecnológica, donde la ciudad significa tan poco como la aldea rural, porque ambas han sucumbido bajo el dominio de la vida administrada.

La industria contra la ciudad

En muchos aspectos, la aparición de la industria en la edad moderna se tuvo que enfrentar a las resistencias que ofrecían las comunas o corporaciones municipales que, hasta el siglo XVI, regulaban la vida urbana a través de un gran número de instituciones regionales y locales. Las hansas, las guildas y los gremios fueron, a decir de Henri Pirenne[24], las instituciones depositarias de un "socialismo normativo" que privilegiaba la

pequeña producción industrial dentro de la ciudad. Esto se producía en el seno de una ciudad orientada hacia el objetivo del autoabastecimiento y que, bajo fuertes regulaciones de la vida económica, impedía que el comercio a gran escala se desarrollase.

La corporación municipal también ostentaba el monopolio de las manufacturas frente a la producción industrial de las áreas rurales, y mantenía una división del trabajo entre campo y ciudad que, aunque por momentos enfrentadas, constituían sin embargo un todo orgánico. Las corporaciones municipales y las organizaciones gremiales pretendían así salvaguardar el abastecimiento de la ciudad y mantener la solidaridad dentro de una vida urbana común. Se protegía la industria urbana frente a los productos foráneos, igual que se arbitraba y legislaba firmemente la competencia interior, lo que evitaba, en cierto modo, la financiarización de la economía al mantener la producción sujeta a la satisfacción de las necesidades.

Las normativas gremiales de las ciudades prohibían vender a un precio inferior fijado por los reglamentos, lo que suponía, de facto, anular la variabilidad de los precios que, como sostuvo Karl Polanyi[25], es uno de los principales factores que impulsa la economía capitalista.

Se prohibía también trabajar más horas de las señaladas por el toque de las campanas de la iglesia, emplear más trabajadores que los artesanos vecinos o hacer trabajar a la mujer o los hijos pequeños de uno. A menudo un trabajador o un artesano perteneciente a una parroquia no podía abandonarla para ir a trabajar a otra, y la rígida estructura jerárquica de la organización gremial establecía criterios estables para la promoción laboral. Por tanto, se mantenía el trabajo fuera de la economía de intercambio, sin que se pudiese apreciar rastro de esa mercantilización de la "mano de obra" que el industrialismo llevaría hasta sus últimas consecuencias con la concentración del trabajo en las fábricas.

Por último, la organización gremial de la economía urbana prohibía utilizar herramientas no homologadas o inventarlas, perfeccionar la técnica o introducir cambios en el proceso de producción para encontrar ventajas comparativas. Tampoco estaba permitido hacer publicidad de la mercancía propia en detrimento de la de otros —en

algunos mercados se regulaba que los vendedores no hablasen sobre sus mercancías ni señalasen sus beneficios a los compradores—. Por tanto, el desarrollo técnico y de la propaganda estaba también fuertemente regulado. Las implicaciones sociales de la innovación tecnológica para el conjunto de la economía urbana se contemplaban bajo un "principio de precaución" inédito en nuestros días.

Así, el desarrollo del capitalismo mercantil a partir del siglo XVI, con la inauguración de las nuevas rutas comerciales con el continente americano y la preponderancia del puerto de Amberes en la Europa occidental, se tuvo que realizar contra las regulaciones de aquel "socialismo normativo" con el que se habían blindado las ciudades medievales. Durante siglos, la organización de su economía urbana se había orientado a la conquista de una autonomía que las llegó a enfrentar con el proceso de centralización estatal en ciernes. Las revueltas de artesanos y proletarios durante los siglos XIV y XV, de los Jacques y los Ciompi, que se rebelaban frente a la mercantilización y a la inclusión de sus economías urbanas en una escala nacional, se saldaron finalmente con la pérdida de privilegios de muchas ciudades frente al poder de los príncipes y los intentos de centralización monárquica.

A medida que la centralización estatal, el aumento de las instituciones de crédito, el desarrollo de la ciencia y el avance en cuestiones morales del periodo llamado Renacimiento modificaron las condiciones de vida de las ciudades, se produjo también el irresistible impulso hacia una nueva organización de la economía urbana por efecto del comercio transoceánico. La vieja burguesía mercantil, nacida al abrigo de las regulaciones gremiales, se transformó en sucesivas generaciones en una nueva clase acomodada de rentistas, funcionarios y letrados del nuevo Estado, con pocos incentivos para la innovación. Y, así, los nuevos ricos surgieron en unas condiciones muy distintas a las de la ciudad medieval, emparentados con el comercio atlántico y ese capitalismo aventurero de las grandes rutas en barco: "Sin antepasados ni tradiciones familiares, el individualismo económico se manifestó en ellos con la energía de todas las fuerzas que se desataron en la apasionante época que les tocó vivir"[26].

Mientras en la Edad Media las ciudades se habían protegido frente a la industria rural y regulado su producción mediante los gremios de los artesanos urbanos, en el siglo XVI el impulso de la economía mercantil dio un nuevo auge a la organización de una industria rural en la que no regían las regulaciones de la corporación municipal ni la solidaridad de la comuna medieval. Así, "libre de trabas con las que la reglamentación urbana limitaba al artesano, se plegó, en efecto, a todas las exigencias de la empresa capitalista".

Las industrias del vidrio y la minería se desarrollaron, también, fuera del ámbito regulador de las ciudades, constituyendo nuevos núcleos de producción muy diferenciados. Espacialmente habían roto la continuidad del trabajo y la vivienda, puesto que sus instalaciones requerían de una unidad superior a la de la familia o el gremio. Los subproductos de sus operaciones (las primeras nocividades industriales) también se presentaban como incompatibles con la vida urbana, y los requerimientos técnicos obligaban a una división del trabajo mayor. El aumento de la productividad necesitó incorporar nuevos territorios y fundar núcleos de población fuera de la ciudad tradicional.

Estas nuevas fundaciones urbanas estaban lejos de perseguir las libertades municipales de las anteriores comunas y, en cierto sentido, se hicieron contra ellas. El monopolio que habían ostentado las ciudades a través de la organización gremial fue sustituido paulatinamente por el monopolio de la organización comercial, que a menudo beneficiaba a un solo individuo o familia y que tenía como horizonte la nación y no el municipio o la región.

De este modo, en los pueblos de las afueras de importantes ciudades de la economía regional anterior se comenzó a formar un "ejército de reserva proletario", con trabajadores llegados de todos los puntos del país. El contraste entre los centros privilegiados, herederos de la economía urbana medieval, y los nuevos burgos manufactureros hizo que "por primera vez, nombres como los de Manchester, Sheffield o Birmingham saltaran a la luz de la Historia".

Este desarrollo no tardó en afectar al empleo urbano, y así las organizaciones industriales y sus técnicas de producción, orientadas a un mercado de escala nacional, encontraron en los "trabajadores libres" de las nuevas fundaciones urbanas su más preciada materia

prima. El cercado de las tierras comunales durante los siglos posteriores, y la desregulación de las condiciones defendidas por los gremios, dieron lugar a la aparición de los miserables y vagabundos que acudían a las ciudades manufactureras en busca de empleo. Así, el efecto combinado del impulso del capitalismo mercantil transoceánico, la centralización estatal y las nuevas formas de producción socavaron la autonomía de las ciudades en beneficio de las nacientes economías nacionales.

En la concesión carolingia (1539) que Carlos V impuso a la ciudad de Gante, tras haberse rebelado esta y pretendido restaurar sus privilegios frente al poder centralizador, se plasmó por primera vez "la política del Estado moderno frente a las grandes comunas medievales".

No se puede decir, por tanto, que la ciudad medieval fuese un microcosmos cerrado de superstición, suciedad y miseria al que las fuerzas del progreso liberaron. Más bien, la acción de la centralización monárquica (el Estado) y las nuevas formas de producción encaminadas a un comercio transcontinental (la industria) socavaron los privilegios que las "ciudades libres" habían conquistado en los siglos anteriores, pese a la resistencia que algunas opusieron.

Tampoco se puede confundir su relativa estabilidad con una situación de estancamiento. De hecho, según Mumford: "Las ciudades crecieron y se multiplicaron entre los siglos X y XV, de modo que cabe preguntarse […] cuáles, si existían, eran los límites del crecimiento"[27].

Pero se trataba de un crecimiento orgánico que solo con el nuevo impulso de la economía de mercado durante el siglo XVI se transformó en el proceso de crecimiento mecánico y devastador que el industrialismo llevaría al absurdo. En el camino, desaparecieron las condiciones de posibilidad de aquella vieja democracia urbana que, con sus limitaciones, mantuvo un equilibrio de siglos.

Lejos del mito que asocia la industrialización con el proceso de aparición de las grandes ciudades y la extensión de nuevas condiciones de libertad, podríamos decir que, solo cuando las ciudades perdieron el control y el monopolio de la industria, el

industrialismo comenzó a destruir la autonomía de las ciudades mediante el desarrollo incesante de la urbanización. El proceso fue largo y no exento de contradicciones, y las pervivencias de antiguas formas de organización social en la ciudad llegan, en algunos casos, hasta nuestros días. Las sucesivas olas de industrialización y desarrollo del poder del Estado han hecho desaparecer muchas ciudades, aunque hayan urbanizado gran parte del planeta.

Si en el siglo XVI el capitalismo mercantil y el centralismo monárquico destruyeron las libertades municipales, el siglo XIX convirtió la ciudad en un producto más del industrialismo. Y el derecho de propiedad sobre ese producto marcó el posterior desarrollo de la urbanización en Europa y América: "La extensión del derecho a la propiedad urbana, su reconocimiento en el marco legal creado por la burguesía liberal triunfante a inicios del siglo XIX, es una de las causas fundamentales del surgimiento del urbanismo […]"[28].

La organización industrial de la producción había comenzado por separar el lugar de trabajo de la vivienda, para después "liberar" a los trabajadores de sus servidumbres feudales y concentrarlos en las fábricas que surgían en los nuevos asentamientos urbanos. Los continuos cercamientos de parcelas rurales y la enajenación de los bienes comunales dieron lugar a un proceso de proletarización que, ya a mediados del siglo XIX, concentró grandes masas de población en los arrabales y tugurios de las ciudades industriales. Mientras la burguesía industrial iba aumentando sus riquezas, una parte de ella inmovilizaba sus rentas mediante la compra de propiedades urbanas que, con la extensión de la ciudad y el desbordamiento de sus murallas, propició unas expectativas de negocio sin precedentes. Las sociedades de Crédito Mobiliario se constituyeron en las ciudades como agentes primordiales del desarrollo urbanístico que, para finales de ese siglo había conseguido, finalmente, convertir la ciudad en una exitosa mercancía.

La extensión de la ideología urbana consistía en ampliar el acceso a la nueva forma de vida y especular con las ganancias surgidas del proceso de destrucción y construcción del espacio. El desarrollo de infraestructuras para prestar servicios urbanos se convirtió, así, en un potente motor económico que hacía circular el capital industrial

hacia los servicios de crédito y financieros, que a su vez promovían la extensión de la ciudad más allá de sus límites tradicionales.

La construcción de vías para la circulación y los ensanches se convirtieron en el producto más exitoso del industrialismo y, sin duda, el que mayores beneficios rindió para la nueva burguesía financiera de las ciudades. Su extensión era también un intento de encuadrar a las "clases peligrosas" en una nueva forma de habitar el espacio en la que la dependencia y la movilidad de grandes masas de población estructuraban el ritmo de la ciudad. El objetivo del urbanismo naciente era convertir a los trabajadores en consumidores, a los proletarios en propietarios y a los revolucionarios en urbanitas: "El hecho de presentar los conflictos sociales como urbanos es ya un modo de eludir sus determinantes sociales; en vez de ver en ellos el surgimiento de una nueva contradicción social, se busca que se perciban como la consecuencia de una mala organización del espacio"[29].

El urbanismo, en un doble movimiento, generaba, por un lado, las condiciones de sometimiento necesarias para el aumento de la productividad (la concentración urbana es el lugar privilegiado para cualquier innovación tecnológica, como se verá en el capítulo 5 "Theatrum Machinarum") y, por otro, hacía circular el capital mediante las mejoras urbanas y la construcción de vivienda como modo de integrar, en distintos grados de dependencia, a las clases sociales surgidas del nuevo orden capitalista.

La planificación de aquel crecimiento espontáneo y caótico reforzó el papel del Estado sobre las políticas municipales, y el de las finanzas y las instituciones de crédito en la producción social del espacio. Los límites de la ciudad habían estallado, lanzándola a un crecimiento desenfrenado que, proclamando la extensión de la libertad de la vida urbana, en realidad cerraba el cerco sobre las condiciones de vida bajo el industrialismo.

Así, cuanto más se extendía el territorio ocupado por la ciudad y sus infraestructuras, más crecían las condiciones de opresión y la segregación espacial; cuanto más se urbanizaba el contenido de las relaciones sociales más necesario se hacía el continuo crecimiento urbano, y para ello crecía el poder delegado al Estado, las sociedades de crédito y las finanzas. Se había puesto en marcha un

mecanismo que, como iba a demostrar el siglo XX, era capaz de sobrevivir incluso a las peores crisis con un sencillo procedimiento (que Engels había descrito ya en 1872)[30]: en vez de resolver los problemas, desplazarlos a otro lugar. Ante los desequilibrios causados por la urbanización, la estrategia era la siguiente: ampliarla. Aumentando la escala del desarrollo a todo el territorio, se pretendía rebajar las tensiones producidas por el proceso de modernización. El colonialismo extendía la proletarización y la explotación industrial a todo el planeta, al mismo tiempo que espoleaba el proceso de metropolización en los países occidentales.

De este modo, igual que la ciudad gremial se vio sacudida por la industria hasta sucumbir, la ciudad industrial generó las condiciones de una economía metropolitana que acabaría por destruirla también. La reproducción ampliada del Estado y la técnica, en las condiciones de la conocida como Segunda Revolución Industrial, darían paso a una nueva etapa de crisis urbana que mayoritariamente tomó la forma —y no por casualidad — de una crisis financiera[31].

Durante la segunda mitad del siglo XX, el proceso que marcó a fuego a las ciudades fue la suburbanización. Sustentada en la generalización de la electricidad y el petróleo como sustitutos del carbón, y en el automóvil como herramienta central de la vida, la suburbanización expresó una nueva forma de desarrollo que consistía fundamentalmente en escapar a toda costa de la concentración de la ciudad y de sus condiciones de vida —siempre "problemática y febril", como decía el tango—, pero sin abandonar las formas de existencia urbanas.

La generalización del consumo y de las condiciones de trabajo industrial supusieron el ascenso de lo que algunos denominaron sociedad de masas, que era una generalización de las clases medias, tan dependientes del salario como deseosas de alcanzar un nivel de vida siempre superior. El automóvil destruyó lo que quedaba de ciudad por la monopolización de sus calles, primero, y posteriormente por facilitar el proceso de suburbanización hacia los anillos exteriores de la concentración urbana. Sin embargo, no se trataba de una desurbanización, sino de una extensión del proceso urbanizador que, en muchos sentidos, era el correlato de la

extensión del sistema de automatización industrial a la economía mundial.

Las grandes ciudades y sus centros siguieron creciendo verticalmente con sus rascacielos y grandes edificios de oficinas, dando lugar a espacios centrales altamente especializados, las citys, donde se aglomeraban los servicios financieros y comerciales que operaban a nivel internacional durante el día, para convertirse en páramos urbanos por la noche. Horizontalmente, hacia los barrios residenciales a los que el automóvil privado daba acceso directo mediante una red de carreteras y vías rápidas que consumió suelo a una velocidad sin precedentes, y de forma más devastadora aun que las redes de ferrocarril inauguradas un siglo antes.

El individualismo, y la vida de consumo que propiciaba la suburbanización, extendía sus imágenes de éxito social a través de los nuevos medios de comunicación de masas, sobre todo de la televisión y la radio, mientras las nuevas tecnologías de transmisión de información integraban los mercados metropolitanos y nacionales en una vasta red planetaria que no ha dejado de perfeccionarse hasta nuestros días.

Los problemas derivados de este crecimiento exponencial de la ciudad industrial se resolvieron por el procedimiento antes mencionado: cambiarlos de lugar. Los procesos de deslocalización industrial sumieron a muchas ciudades en una crisis de empleo urbano y de fiscalidad que las fue ahogando lentamente, degradando sus centros tradicionales mientras la sangría de recursos destinados hacia las áreas suburbanas continuaba. A medida que se producía esta reestructuración del empleo en las economías urbanas de los países más industrializados, se daba también una reorganización espacial que, por un lado, homogeneizaba las condiciones de vida urbana y, por otro, iba privilegiando ciertos enclaves estratégicos para obtener ventajas comparativas en el proceso de acumulación.

Mientras las grandes ciudades industriales ralentizaban su crecimiento o incluso perdían población, otras áreas urbanas estratégicas de tamaño medio se veían catapultadas a la economía global e insertadas en un sistema de competencia planetario. El empleo urbano se iba transformando a pasos agigantados hacia las

llamadas “economías de servicios”, que en realidad suponían la pérdida de fuentes de empleo estables y de ingresos complementarios, y la aparición de los que se conocieron como macjobs en las zonas más industrializadas y la maquila en los nuevos enclaves dependientes de la metrópoli global.

Así, la nueva división internacional del trabajo, que surgió de la reestructuración económica llevada a cabo durante los años setenta y ochenta del pasado siglo, cambió la geografía de la urbanización mundial. En muchos aspectos, generalizó aquella tipología que Mumford definiera como “la fábrica y el slum”, para dar lugar a “la tecnópolis y el vertedero”. En este proceso, muchas ciudades han acabado convertidas en puntos de conexión intercambiables de una región urbana que amenaza con convertirse en totalidad.

Miseria y defensa de las ciudades

En las condiciones actuales, la urbanización de todo el territorio se ha convertido en un principio económico irrenunciable para el desarrollo del capitalismo. La circulación de capital entre la industria y la producción del espacio, a través de los intermediarios financieros, representa hoy la estrategia primordial para reactivar el consumo y la producción. Como la urbanización tiende a completar su ciclo, y hay cada vez menos posibilidades de incluir nuevos territorios, la destrucción de la ciudad ya construida se convierte en un valor esencial para futuras inversiones. Lo que Ruth Glass llamó gentrification[32] en los años sesenta, se extendió a finales del siglo XX a casi todas las ciudades de los países más industrializados, sin que esto supusiese un retroceso de la suburbanización. En realidad, ambos procesos atienden a la necesidad de los capitales financieros de encontrar ventajas comparativas, basculando constantemente entre la destrucción de la ciudad creada y su “rehabilitación” posterior, y la expansión del desarrollo urbanístico y sus infraestructuras a todo el territorio.

Lo que está sucediendo con las ciudades a principios del siglo XXI expresa, por tanto, la creación de un nuevo espacio social que ya no

tiene nada que ver ni con la ciudad como forma histórica de habitar el espacio ni con el urbanismo de los dos primeros siglos de industrialización. Es la descomposición de las relaciones sociales y la creación de poderes cada vez más lejanos a la vida en común lo que se está expresando en la nueva construcción de espacios e infraestructuras. Detrás de esta generalización de la anticiudad lo que realmente se ha ido perdiendo son las condiciones para que surja una conciencia libre.

La extremada dependencia y esterilidad de la vida urbana en la actualidad sería impensable sin que hubiésemos renunciado a grandes parcelas de autonomía para los sujetos y las comunidades, delegándolas en instancias cada vez más alienantes. ¿Cómo, si no, se podría gestionar la vida y la manumisión de las necesidades básicas de los 23 millones de personas concentradas en la megarregión urbana México D.F.-Toluca, por ejemplo? ¿O cómo desandar el camino de destrucción litoral recorrido por la región urbana que va desde Algeciras a Barcelona y revertir su enfermiza dependencia del turismo internacional?

En algunos casos, lo que ha tenido lugar es una nueva centralización en distritos más pequeños o suburbanizaciones cerradas, que reclaman cierta independencia frente a la megalópolis, sin poder cortar en realidad sus lazos con ella. Es lo que algunos han denominado soviets de propietarios.

En la conurbación de Los Ángeles comunidades cerradas reclaman una fiscalidad propia, con policía privada para sus recintos amurallados, escuelas y recursos urbanos gestionados de forma autónoma[33]. En cierto modo, son rebeldes contra la megaurbe. Una revuelta de las clases medias acomodadas que no quieren pagar con sus impuestos los servicios sociales de una región urbana que sostiene unas desigualdades sociales y una masa de pobres mayor que el total de países enteros. Esta pretendida autonomía frente a la metrópolis solo se mueve en el terreno de la fiscalidad y la política local, porque el suministro eléctrico y la dependencia del petróleo restringen el grado de su pretendida autonomía a cuestiones de segundo orden.

Ciertamente, las condiciones para una revuelta de estas nuevas comunas urbanas no se parecen en nada a las que existían durante

el periodo histórico de las “ciudades libres” ni a las de la Comuna de París o las revueltas urbanas de los años sesenta, igual que no es lo mismo tomar una ciudad defendida con mosquetes y fusiles que hacerlo contra ejércitos equipados tecnológicamente como los de nuestros días.

Si la sociedad industrial consiguió rendir la ciudad al proceso de urbanización capitalista, también rindió las aspiraciones revolucionarias de las comunas a nuestra participación como consumidores de las infraestructuras y servicios que la urbanización genera. La perspectiva de esta vida urbana, carente de todo atractivo y que frustra cualquier tentativa de insurrección, ha hecho que la ciudad haya perdido gran parte de su atractivo como lugar de transformación social.

El pensamiento antiurbano o desurbanizador ha estado presente, sin embargo, desde que el industrialismo comenzó a desarrollar la urbanización más allá de sus límites naturales y del sentido común. En sus inicios, aún podía tener como referencia las ciudades medievales y las condiciones de libertad política y personal —siempre relativas— de las que disfrutaron durante siglos. Aún el ámbito rural podía servir como modelo para las aspiraciones reformistas de las ciudades jardín y para el urbanismo organicista que algunos anarquistas defendieron durante los años veinte y treinta del siglo pasado. Se trataba de limitar el crecimiento de la urbanización industrial y mantener un equilibrio con el mundo rural en municipios libres, cuya característica fundamental —sin la que no se entendería ninguna otra reforma urbana— sería la eliminación de la propiedad privada del suelo.

Muy acertadamente, el urbanismo organicista y el municipalismo libertario apuntaban a las condiciones de desaparición de los bienes comunales como inicio de la proletarización y pérdida de autonomía de las ciudades frente a las primeras organizaciones comerciales. No se trataba, pues, de una idílica “vuelta al campo”, sino de una lucha política por defender los restos de autonomía que aún podían encontrarse en la ciudad frente al devastador desarrollo de las fuerzas de producción industriales. Se trataba de impedir que la ciudad se convirtiese en un producto y que las condiciones de vida en ella acabasen sujetas a la misma “destrucción creativa” que

el proceso capitalista generaba en todo lugar.

Pero también han existido otras formas de entender la desurbanización de la sociedad, que en realidad defendían la desaparición de las ciudades sin por ello renunciar al desarrollo del urbanismo industrial. El desurbanismo soviético[34] y la ciudad lineal serían dos ejemplos, que también se desarrollaron en los años veinte y treinta del siglo pasado. La planificación económica y espacial centralizada daba lugar en las visiones desurbanistas a un modelo extensivo de urbanización donde lo que desaparecía era la aglomeración de la ciudad, pero se extendía la infraestructura urbana por todo el territorio, a través del ferrocarril y las centrales eléctricas. El Estado no desaparecía para dejar paso a la federación libre de municipios relativamente autónomos, sino que se hacía más importante para la gestión de una red de abastecimiento central de la que irradiaban pequeños núcleos organizados para la producción industrial.

Renunciar a la ciudad sin perder las ventajas de la vida urbana: esa es la forma de antiurbanismo que ha triunfado en la actualidad. Solo que las ventajas de la vida urbana son tan restrictivas que lo que queda es una aglomeración carente de sentido y de finalidad para la mayoría de quienes se ven obligados a vivir en esas condiciones. Por eso también han resurgido formas de antiurbanismo que ven en la ciudad la fuente de todos los males de la civilización y el lugar por excelencia de la corrupción, la alienación y la pérdida de vitalidad. Lo que no es del todo falso. El problema es el determinismo que esta forma de pensar comparte con modos autoritarios de entender la creación del espacio social y su falsa oposición entre naturaleza y cultura. También su pretendido primitivismo que, sin saberlo, renueva el mito burgués que va de la vida en chozas a la ciudad industrial, sin detenerse en los momentos históricos por los que han pasado las ciudades, cuáles fueron sus condiciones de libertad y opresión, el porqué de su auge y su posterior decadencia y la relación de todo ello con la adopción de un modo de vida que el proceso de modernización ha llevado, en muchos casos, a un punto de no retorno.

Las objeciones al modo de vida urbano que han tenido cierto éxito entre muchos reformadores tienen que ver con los desequilibrios

que genera en el “medio ambiente”, por su constante necesidad de recursos energéticos y por la cantidad ingente de deshechos tóxicos que requieren de un tratamiento cada vez más complejo. Ya que el crecimiento y el desarrollo urbanístico son imprescindibles para mantener las formas de vida generadas por el capitalismo industrial, lo que se plantea es la mejor forma de disminuir sus efectos no deseados. Para ello se movilizan gran cantidad de recursos técnicos y científicos, agendas para el desarrollo de ciudades sostenibles, estudios de impacto ambiental, mediciones de la calidad del aire urbano, etc., que se empeñan meticulosamente en ignorar el problema central: ya no se trata de ciudades, sino del complejo industrial planetario que las ha integrado en su seno destruyendo su sentido y su capacidad para reproducir la vida humana en lo mejor que tiene. Virginio Bettini, en sus Elementos de ecología urbana, llegó a esta conclusión: “¿Sostenibilidad en el medio ambiente urbano? La ciudad es tan sostenible como lo puede ser un derrumbe, basta no pasar por debajo cuando se hunde la ladera”.

El ecosistema de las ciudades se ha convertido en un sumidero que necesita cada vez más energía y consume suelo con voracidad, sin ser capaz de encontrar ya un equilibrio con su entorno más inmediato. Si una de las definiciones del término “energía” es la capacidad para producir trabajo, las ciudades tienen una tasa negativa: consumen muchísimo más de lo que son capaces de producir, e incluso de metabolizar, por lo que convierten su entorno en un vertedero y el territorio más allá de sus límites en un páramo inhabitable por el que discurren sus infraestructuras. El trabajo que producen es estéril. Por ello, la vida del homo sapiens urbanus se convierte en un constante desplazamiento y agitación sin recompensa, una convulsión sin objeto, una acumulación de sudores sin fruto.

Desde este punto de vista, no existe un crecimiento sostenible. Es nuestra cultura material, la forma en que nos apropiamos del espacio y las formas de relación social que hemos establecido lo que está fuera de todo equilibrio. En su crecimiento hemos destruido tanto el entorno rural como las condiciones históricas de libertad y autonomía que ofrecieron algunas ciudades preindustriales, aquella democracia urbana que Pirenne, entre otros, situó en las comunas medievales.

No es, por tanto, el “medio ambiente urbano” lo que más perjudica a la naturaleza y a la salud de sus habitantes, sino la falta de libertad y la nocividad de un trabajo absurdo, la reclusión en el encierro individual del consumo, la delegación completa de cualquier responsabilidad ante la complejidad de una aglomeración en la que lo humano se convierte en masa.

Es tan necesario describir la miseria que genera el proceso de urbanización como abordar la defensa de las ciudades en cuanto ámbitos de relación social, productos del habitar humano y creación histórica de un sentido de progreso que difiere del progreso material y el desarrollo económico.

Los procesos de desintegración inaugurados por el industrialismo se agudizan hoy, y la urbanización planetaria no deja de crecer ampliando la escala del desastre. Hay destrucciones sobre las que no podremos hacer nada en el curso de varias generaciones. Por eso, limitar la urbanización es una forma de lucha política de primer orden, porque en ella se juegan las condiciones no ya de cierto grado de libertad, sino de su posibilidad misma. El encierro urbanístico actual no se podrá romper sino con la acción organizada en defensa de la ciudad limitada a su entorno físico, de ese todo orgánico que, por su naturaleza, debe prescindir de las prebendas de la modernización y asumir la construcción cooperativa de un espacio compatible con la complejidad de la vida, en lugar de reducirla a la circulación, el trabajo y el consumo.

CAPÍTULO 3

CIUDAD Y ARQUITECTURA POSMODERNA

… en el terreno de la arquitectura cabría decir que la primera mitad del siglo XX se empeñó en imaginar —y en ocasiones en construir— un mundo que la segunda mitad se ha dedicado a dinamitar con esmerada aplicación.

Luis Arenas

Fantasmas de la vida moderna

La "crisis urbana" que se inició a mitad de los años setenta y recorrió casi la totalidad de la década de los ochenta del siglo XX sumió a muchas ciudades del occidente capitalista en una franca decadencia. Las políticas de reajuste y de contención presupuestaria supusieron un agónico trance para los sectores trabajadores del ámbito urbano. La paulatina deslocalización industrial, la reconversión de sectores de la industria pesada y el cierre de explotaciones mineras hicieron que muchos núcleos urbanos, otrora florecientes, se viesen condenados a transitar un vasto desierto de degradación, dejando a la vista el lado más lúgubre de la vida en la ciudad. Mientras, la crítica social posmoderna se afanaba en destruir cualquier verdad universal y proclamar el fin de la historia y de los grandes "metarrelatos" —en especial de aquel que había convertido las teorías de Karl Marx en una ortodoxia—.

En este ambiente de disolución y de quiebra social, la arquitectura surgida de la crítica al modernismo funcionalista se fue haciendo cada vez más fuerte. Su negación de la planificación de la ciudad y su celebración de una experiencia lúdica en lo urbano se convirtieron en recursos argumentativos que corrían con el viento de los tiempos a favor. Casi se le confirieron poderes taumatúrgicos para la revitalización de las ciudades, y así, cuando el nuevo ciclo del capitalismo fue relanzado durante los años noventa del siglo XX, sus marcas en el entorno construido comenzaron a hacerse evidentes. Sobre todo en grandes dotaciones "culturales" que

suponían un golpe de efecto para una extenuada vida urbana, que pretendía ponerse al día como una mercancía más dentro de la competencia planetaria de ciudades. Grandes eventos como las Olimpiadas o las Exposiciones Universales fueron las coartadas para una renovación urbana basada sobre todo en la inclusión de "edificios singulares" que atrajesen a una masa turística sedienta de experiencias innovadoras, mientras se desplazaba a la población que había malvivido en los centros urbanos durante los años de crisis, desempleo masivo y abandono absoluto en favor de las nuevas zonas residenciales y los grandes centros comerciales. Las tropas de ocupación de lo que se llamó la ciudad revanchista marcharon detrás de la vanguardia artística y arquitectónica posmoderna. Como sostuvo David Harvey: "El hecho de que la arquitectura posmodernista se considerase a sí misma como una ficción y no como una función parece ser más que pertinente a la luz de la reputación de los financieros, los agentes inmobiliarios y los especuladores que organizan las construcciones"[35].

En aquel vacío perfecto de proyecto social, la arquitectura podía "despegar" por fin de sus ataduras sociales y experimentar con todo lo que la historia, los nuevos materiales y técnicas de construcción ponían a su alcance, al mismo tiempo que se abría un ciclo de oro para la depredación urbana.

La imagen de la ciudad

En su viaje por Estados Unidos, en 1935, Le Corbusier forjó su visión de lo que más tarde denominaría la máquina de habitar. El paralelismo con la fabricación en serie y su tentativa de industrializar la producción de la ciudad las tomó prestadas de la organización del trabajo en la fábrica de automóviles. Tras su visita a la factoría Ford en Detroit, el arquitecto anotaba:

En la fábrica Ford, todo es colaboración, unidad de miras, unidad de meta, convergencia perfecta de la totalidad de actos y

pensamientos. En nuestro campo, el de la construcción, solo hay contradicciones, hostilidades, dispersión, divergencias de visión, afirmación de propósitos opuestos, estancamiento. Lo pagamos muy caro: construir es una industria de lujo, pero la sociedad vive en antros. Y aun cuando la economía general se desangra para construir, solo disponemos de una decepcionante precariedad. Y los productos arquitectónicos quedan fuera de los tiempos modernos[36].

La imagen de la ciudad a la que debía aspirar la arquitectura era, entonces, aquella ordenación racional del espacio y el tiempo, la división exhaustiva de las funciones en aras de un objetivo común y un ritmo moderno de producción que abaratase los costes y pusiese al alcance de la mayoría las ventajas de una construcción estandarizada y fuertemente regulada. Como afirmaba Le Corbusier, la industria de la construcción debía asumir muchas más contradicciones que la producción de otros objetos de consumo. La fe de Le Corbusier en la industria moderna se basaba en la capacidad de la técnica planificada para desarrollar un universo vital fundamentalmente distinto del que había producido la burguesía del siglo XIX, que con su eclecticismo arquitectónico y su afán especulativo sobre la expansión de la industria y la ciudad había condenado a las masas a habitar en "antros".

Era, en fin, la fe en un proceso de ilustración constructiva, que debía encontrar su propio lenguaje arquitectónico, no ya en tanto arte, sino como industria orientada a la satisfacción de necesidades. La función quedaba así por encima de cualquier otra consideración, adoptando la máxima de Adolf Loos: "El ornamento es delito". La monumentalidad histórica quedaba desterrada por la búsqueda de las posibilidades de los nuevos materiales (el hormigón, el hierro, el acero y el vidrio) y las nuevas técnicas de construcción. El simbolismo y la belleza seguirían inevitablemente a una búsqueda racional de la función que cubriese las necesidades de unas ciudades en expansión. Ni los materiales nobles ni los artesonados de las fachadas podían ya representar al nuevo poder naciente de la sociedad industrial.

Pero el recurso a la "máquina" no era tan solo una metáfora. En el plan de Le Corbusier para la Ville Radieuse, el papel de la

tecnología moderna era vital. El “rascacielos cartesiano”, que era su núcleo fundamental, podía alcanzar los 300 metros de altura, debía alzarse sobre una estructura de acero, de base ortogonal, y estar construido bajo el criterio del ángulo recto y las líneas puras. El recubrimiento de vidrio de la fachada aportaría una democratización de la luz a todas sus alturas. El hormigón permitía la disposición de planta abierta sobre pilares. La liberación de suelo por la concentración en altura, y lo que ello suponía como modelo de ciudad densa y concentrada, resolvería el problema del tráfico y la amalgama de usos que hacía de las calles un sinsentido ruidoso y enfermizo.

Pero para que este modelo basado en el rascacielos cartesiano funcionase, su metabolismo interno se debía sustentar en dos innovaciones tecnológicas: el ascensor eléctrico y la climatización artificial. Si el mecanismo interno fallaba se vería afectado todo el modelo de ciudad. En todo caso, si la tecnología no estaba a la altura de su misión histórica de emancipación de la humanidad era por culpa de los hombres y sus ineficientes y caducas estructuras sociales. Ante sus críticos europeos, que le señalaban esta debilidad, Le Corbusier afirmaba: “En América, ¡los ascensores funcionan!”, e insistía ante sus sorprendidos anfitriones neoyorkinos: “Sus rascacielos tienen el problema de ser demasiado pequeños”.

La introducción de la ciencia aplicada a la construcción resolvería, siempre que se orientase a un objetivo común, los grandes problemas de las ciudades modernas. Sin embargo, Le Corbusier era consciente de las contradicciones que se presentaban para el nacimiento de una ciudad radiante en el seno del propio capitalismo industrial heredado del siglo XIX. Cuando le hicieron notar que una huelga de ascensoristas había paralizado la City de Manhattan —en los mismos días en que él realizaba su gira triunfal por Estados Unidos— escribió: “Es afortunado que se produzcan “accidentes” de esa índole. Nuestras ciudades, nuestras “villes radieuses”, no podrán construirse sobre el estatuto social actual. La esencia de los tiempos nuevos deberá precipitarse dentro de las organizaciones caducas, crueles, inhumanas. ¡Han llegado los tiempos nuevos! Lo mediremos por las revoluciones que aún están por producirse”.

El problema de fondo que se planteaba al Movimiento Moderno era equilibrar la maquinaria económica-técnica y la social-cultural. Y la respuesta a estos problemas, según Le Corbusier, no podía ser una huida romántica a la "ciudad jardín" ni las elaboraciones artísticas de un Camilo Sitte, sino que había que seguir construyendo con esperanza en el poder palingenésico de las técnicas modernas. Si eso producía conmociones y revoluciones sociales, tanto mejor: era el signo inequívoco de que una nueva era de dinamismo trataba de romper el envoltorio caduco de la vieja sociedad.

En definitiva, la crítica que Le Corbusier realizaba a la civilización de la máquina no era por las transformaciones sociales que había producido, sino por no haberlas llevado hasta sus últimas consecuencias. Esta sensación de un nuevo comienzo que tendría que arrasar con todo lo viejo era lo que la sociedad europea de entreguerras anhelaba. Nada había de horroroso en la destrucción de las viejas ciudades y su apertura a una modernidad fuerte y dinámica: Manhattan era, en el fondo, una "catástrofe encantadora".

En ese nuevo inicio de los tiempos, el objetivo de la arquitectura moderna era volver a reunir lo que la economía capitalista había dividido, pero no en torno a tradiciones y vestigios precapitalistas, sino hacia un horizonte abierto. Frente al desorden orgánico de la ciudad tradicional, la ordenación ortogonal; frente al gran derroche de la expansión urbana, la concentración y densidad del rascacielos cartesiano; frente a la arbitrariedad y la especulación, la planificación, la división funcional del espacio y la racionalidad constructiva. El espíritu moderno se hacía libre al entregarse a la geometría y la línea recta.

¿Pero de qué pretendía liberarse exactamente el espíritu moderno? Principalmente de aquella "piel vieja" que era la tradición y la historia en Europa. De la ciudad heredada, su fealdad y su desorden congénitos. De su monumentalidad beaux arts acompañada, en el otro extremo, por las barriadas y tugurios obreros, su hacinamiento y su falta de luz y aire limpio. Espíritu higienista y revolucionario, el modernismo arquitectónico quería huir de la diferencia, el lujo y la opresión del pasado industrial sobre el entorno construido. Y, sin embargo, para esta tarea también miraba al pasado. Se encontraban

los modelos en la ciudad egipcia y griega, en la ordenación en cardo y decumanus del asentamiento romano o en la plaza de armas colonial española. La geometría y la planificación de la ciudad habían estado presentes en los imperios más estables, donde el poder político y económico se expresaba en una ordenación espacial racional y jerárquica. Pero de aquella historia se salvaba la función y no la forma. El nuevo estilo arquitectónico debía tener pues vocación universal, debía querer hacer la historia y no buscar su legitimidad en ella. El verdadero poder de las sociedades modernas no se encontraba en la herencia recibida, sino en su capacidad técnica para producir lo nuevo: "En el mundo moderno aparece la escala de las nuevas empresas. Que se produzca el relámpago —la conjunción—; que rompa las estrechas barreras; que libere las fuerzas contenidas, que son tantas. ¡Que lo que ha sido ahogado sea remplazado por la expansión! Espléndida e inminente aventura de una nueva edad media".

Empresa, relámpago, fuerzas liberadas, aventura, Edad Media… el romanticismo lecorbuseriano era una apoteosis de la técnica industrial aplicada a la arquitectura. Su programa, tras la Segunda Guerra Mundial —y también durante—, se llevaría a término en buena parte del planeta. Y, como sucede a menudo con programas tan ambiciosos, su "éxito" lo consiguió a costa de reducir drásticamente sus aspiraciones y afrontar una vulgarización de sus preceptos que convirtió el Estilo Internacional en una repetición monótona y un simbolismo del poder ascendente. Fue contra ese programa que se desarrolló la crítica posmodernista durante los años sesenta y setenta. Primero como una crítica a los límites del modernismo y, más tarde, como una impugnación a la totalidad del proyecto de la modernidad.

'Construiremos casas apasionantes'

La Internacional Letrista se caracterizó por realizar la crítica más feroz al urbanismo funcionalista. En su boletín Potlach (1954-1959) se encuentran, en germen, algunas de las críticas que el

posmodernismo arquitectónico desarrollaría más tarde. No se trata aquí de realizar una prueba de paternidad, sino de entender cuáles fueron las críticas que el modernismo atrajo en su contra, en un momento en que su proyecto de sociedad se estancaba en el occidente capitalista. En ese sentido, aun con sus límites, la temprana y radical crítica letrista tuvo el valor de señalar un camino de salida a ese estancamiento.

Ya en el número 3 de Potlach, aparecido el 6 de julio de 1954, se publicaba una crítica al urbanismo lecorbuseriano bajo el nada ambiguo título "Construcción de tugurios". Allí se decía de los proyectos para la Ville Radieuse: "En sus obras se despliega un estilo que fija las normas del pensamiento y la civilización occidental del último siglo y medio: el estilo cuartel. La casa de 1950 es un cajón. El decorado determina los actos: nosotros construiremos casas apasionantes".

Era el "estilo cuartel", su monotonía y aburrimiento, lo que estaba en el centro de la crítica letrista. Las realizaciones de los principios del Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) habían terminado por generar un simbolismo de la función y la racionalidad que reducía la vida en la ciudad a una desesperante repetición: trabajar, circular, consumir. Lo idéntico a sí mismo brotaba en todas partes, extendiendo la mediocridad y la abulia, y el habitáculo funcionalista se convertía en el entorno natural de aquel "hombre unidimensional" —pieza insignificante de un mecanismo implacable— que denunciara Marcuse por esas mismas fechas. Así, la interminable sucesión de cajas sobre pilotes convertía la ciudad en un decorado que, además, y según los letristas, determinaba los actos de sus habitantes. La pasión por la vida había sido reducida al mínimo por la ordenación y la especialización funcional; no había lugar donde perderse, la aventura quedaba desterrada por la cuadrícula. La propuesta, entonces, era construir de forma apasionante, y para ese menester era necesario transformar la vida entera. En el artículo titulado "Una arquitectura de la vida", firmado por Asger Jorn, se recogía parte del programa letrista para esa transformación radical: "Hemos de alcanzar una concepción dinámica de las formas y enfrentar el hecho de que toda forma humana está en constante transformación. El error de los racionalistas consistía en no entender que el único modo de evitar

la anarquía del cambio es hacerse consciente de las leyes que rigen la transformación y utilizarlas".

Pero ese "hacerse consciente" de las fuerzas transformadoras de la sociedad, ¿no era lo que había proclamado el modernismo de entreguerras como su tarea más urgente? ¿No habían intentado los CIAM, precisamente, "evitar la anarquía del cambio" introduciendo la racionalidad de la industria y la planificación en la construcción de la ciudad?

Aquello que los letristas criticaban del funcionalismo era, sobre todo, que ignorase "la función psicológica de los ambientes […] la apariencia de los edificios y los objetos que utilizamos [tienen] una función que está separada de su uso práctico". Por tanto, había que incluir nuevas funciones a la estructura original. Intentar utilizar las fuerzas del proceso de modernización en curso para dar cabida a los aspectos menos racionales, las necesidades que se alejaban de la vida de hormiguero, lo insospechado del juego. La regimentación funcionalista, lejos de haber explorado las posibilidades apasionantes de una construcción creativa de la ciudad, habían convertido el urbanismo en un mecanismo desapasionado. No en vano, los letristas habían calificado así a Le Corbusier: "Pintamonas de mamarrachos neocubistas [que] hace funcionar la 'máquina de habitar' para mayor gloria de Dios".

Los límites de la arquitectura modernista quedaban claros en estas críticas: el modulor oprimía la fuerza imaginativa del deseo, la supresión de la calle se equiparaba al toque de silbato del gendarme. Todo aquello que escapaba al circuito de la mercancía en la sociedad de masas quedaba anulado. Y frente a ese rigor mortis los letristas esperaban de la recreación lúdica un renacimiento de la ciudad en sus aspectos más revolucionarios. Si aún creían en la capacidad de las fuerzas económicas y técnicas para cambiar la vida, pretendían que el juego y la poesía fuesen capaces de orientarlas en un sentido vital mucho más pleno. En "Arquitectura y juego", artículo firmado por Guy Debord, se advertía lo siguiente: "Se buscará en vano en nuestras teorías sobre arquitectura y deriva otro móvil que no sea la pasión por el juego".

Este espíritu lúdico encontraba sus referentes en el surrealismo, pero, sobre todo, en la obra de J. Huizinga Homo ludens. En

definitiva, el capitalismo de posguerra, en su afán por satisfacer las necesidades básicas y "democratizarlas", había condenado a las masas a un mortal aburrimiento, que se expresaba en una vida urbana tan controlada como una cadena de montaje.

El interés de los letristas por las cuestiones urbanas llegó a cristalizar en una teoría para un "urbanismo unitario" que organizaría todas estas críticas al modernismo arquitectónico en una labor revolucionaria más amplia. En el congreso celebrado en la ciudad italiana de Alba, del 2 al 8 de septiembre de 1956, y convocado por el Movimiento Internacional para una Bauhaus Imaginista, se acordó una declaración de seis puntos para la articulación de este urbanismo unitario. Se instaba allí a "utilizar el conjunto de las técnicas y las artes modernas" para construir la vida en base a los nuevos valores surgidos del —y frente al— capitalismo organizado. Se trataba de incluir las variantes subjetivas de la percepción psicológica, los resultados de los experimentos psicogeográficos y de la deriva, la parte apasionante y no sometida de la vida. Para 1959 el programa del urbanismo unitario quedaba fijado en los siguientes términos:

El urbanismo, tal y como lo conciben los urbanistas profesionales hoy, se reduce al estudio práctico del alojamiento y la circulación como problemas aislados. La falta total de soluciones lúdicas [cursiva mía] impide al urbanismo elevarse a un nivel de creación, y el aspecto aburrido y estéril de la mayor parte de los barrios nuevos lo testimonia de forma atroz. […] el carácter cambiante o móvil de los elementos arquitectónicos es la condición de una relación flexible con los acontecimientos que se vivirán en ellos[37].

Soluciones lúdicas frente al reduccionismo del estudio práctico, creación apasionante frente al aspecto aburrido y flexibilidad frente a la rigidez de los elementos arquitectónicos. Contra la imagen de la ciudad como "máquina de habitar", se apelaba a la ciudad como "campo de juego del espíritu", lugar de experimentación y recreación histórica de las potencialidades humanas. Esta era la propuesta letrista para sortear el angustioso paso de la modernidad

entre la Escilas de la estabilidad y la Caribdis del cambio.

También el arquitecto Aldo Rossi opuso la “historia colectiva” de las ciudades particulares al Estilo Internacional y a sus soluciones seriadas para cualquier tiempo y lugar. Si el funcionalismo apelaba a una modernidad convertida en presente eterno, en repetición maquinal para la satisfacción de necesidades básicas, Rossi apeló, en La arquitectura de la ciudad (1966), a la tradición sedimentada en las formas urbanas, como expresión contradictoria de los ciclos de auge y decadencia, y depósito de sentido común para la vida urbana.

El proceso de modernización de las ciudades basado en los criterios de los CIAM había olvidado la dimensión social de la apropiación del espacio —lo que Lefebvre denominaría el habitar—. El conjunto de relaciones sociales y comunitarias que resistía a su encuadramiento en la función y, desde siempre, había reconvertido cualquier lenguaje arquitectónico a las necesidades sociales de la vida cotidiana. La mirada íntima sobre la arquitectura de la ciudad revelaba procesos de creación y destrucción que perduraban en la forma, más allá de la función. Así lo describía Rossi en un bello pasaje de su libro:

Los que recuerdan las ciudades de Europa después de los bombardeos de la última guerra tendrán presente la imagen de aquellas casas despanzurradas, donde entre los escombros permanecían firmes las secciones de las habitaciones familiares, con las tapicerías descoloridas, los fregaderos suspendidos en el vacío, el entresijo de tuberías, la deshecha intimidad de cada lugar. Y siempre, envejecidas extrañamente para nosotros mismos, las casas de nuestra infancia en el fluir de la ciudad[38].

Lo que había quedado tras el proceso de modernización de las ciudades y la crisis abierta del modernismo era aquella “deshecha intimidad de cada lugar”. La particularidad de un determinado lugar se convertiría después en una de las reivindicaciones de los críticos con el modernismo arquitectónico y un argumento que el

relativismo cultural posmoderno llevaría al extremo más tarde.

Si la producción industrial de residencias para el consumo de masas había apelado a la innovación y al universalismo, críticos como Rossi trataban de recuperar la función creadora de la tradición, el sostén social que daba sentido a la arquitectura y al papel del arquitecto como traductor de ese "aire de" que cada ciudad guardaba en su memoria. Esa memoria colectiva daba forma a los lugares, mientras que las realizaciones urbanas basadas en la función eran diseñadas, por lo general, bajo el criterio elitista de las clases dominantes. En Rossi, la crítica arquitectónica tenía un marcado carácter político, y su visión de la historia no puede asimilarse a la del banco de datos que otros arquitectos proclamaron más tarde. En definitiva, la relación de Rossi con la tradición y la historia del entorno construido podía ser en algunos casos irónica (véase su diseño para una residencia universitaria que recordaba en todo a un campo de concentración), pero no era ni apolítica ni paródica. Prueba de la compleja posición de Rossi respecto a la historia y la tradición arquitectónica sería, por ejemplo, el pórtico abierto en la planta baja del conjunto residencial Monte Amiata (Milán), que Rossi introdujo a modo de "imagen lecorbuseriana"; es decir, la tradición y la historia de la ciudad era también la tradición del modernismo.

Su recurso a la historia no estaba exento de tensiones teóricas que no eludía. Así, planteaba un problema fundamental para el arquitecto que constataba el estancamiento y la crisis del modernismo, pero que se resistía a desechar la dimensión social de la construcción e incluso su potencial revolucionario: "Afirmo aquí que la historia de la arquitectura y de los hechos urbanos realizados es siempre la historia de la arquitectura de las clases dominantes; habría que ver dentro de qué límites y con qué éxito las épocas de revolución contraponen un modo propio y concreto de organizar la ciudad"[39].

La tensión entre la afirmación que hace del lenguaje arquitectónico un lenguaje exclusivo del poder de las clases dominantes y la esperanza de utilizarlo con fines revolucionarios es evidente en este párrafo. Para tratar de superar esta aporía, Rossi no podía abandonar uno de los principios del modernismo: la voluntad de

“organizar la ciudad”.

Si a menudo se lo cita como precursor del posmodernismo arquitectónico, hay también elementos suficientes para situar su crítica en un lugar alejado de las teorías posmodernas que tachan de inmediato como totalitario cualquier intento de organización o planificación de la ciudad. Además, y muy relacionado con esto, caracterizaba el trabajo arquitectónico como tarea histórica y política, parte de un proceso social de construcción de la ciudad, y no como actividad “artística” que recurre a la historia en tanto fuente de recursos formales.

Ambos aspectos, voluntad trasformadora de organización urbana y arquitectura como construcción social más que diseño artístico, equilibraban su énfasis en la tradición frente al Estilo Internacional. Más allá de las resonancias ideológicas de sus diseños —en ocasiones desconcertantes—, la crítica de Rossi al modernismo aún permanecía en el ámbito de la modernidad, en una posición crítica “de izquierdas”. La concepción arquitectónica y de la ciudad del posmodernismo posterior renunció abiertamente a aquellas posiciones.

Lecciones aprendidas en Las Vegas

En 1972, Robert Venturi publicó un libro que ejerció gran influencia en arquitectos de todo el mundo. Su Aprendiendo de Las Vegas es quizás la aportación teórica en arquitectura que más se acerca a un “programa” posmodernista. En él se constata, en primer lugar, un abierto conformismo con las condiciones sociales que el arquitecto debe afrontar y una condena explícita hacia cualquier pretensión de progreso social por vía de la construcción de la ciudad: “Los arquitectos han perdido el hábito de mirar a su entorno imparcialmente, sin pretender juicios de valor, convencidos como están de que la arquitectura moderna ortodoxa es progresiva, cuando no revolucionaria, utópica, purista; y se sienten insatisfechos con las condiciones existentes”.

Venturi reprobaba aquella “insatisfacción” por considerar que, en último término, había llevado a la intolerancia, y denunciaba lo siguiente: “La arquitectura moderna lo ha sido todo menos tolerante: sus arquitectos prefirieron cambiar el entorno existente a mejorar lo que había allí”. Como actividad artística, la tarea de la arquitectura era la de representar aquello que veía y no empeñarse en transformarlo mediante una violencia simbólica. Eran las estructuras de la arquitectura, su lenguaje específico, lo que le interesaba más allá de los cambios históricos y las revueltas políticas. Su apelación a aquello que seguía igual, que resistía al cambio y permanecía en la forma encontraba en los elementos fundamentales de la arquitectura histórica recursos suficientes para liberar una expresividad que el funcionalismo había condenado. Coherente con su posición, en lugar de desarrollar una teoría arquitectónica para el momento presente buscó en el momento aquella arquitectura que mejor se adaptase al mundo surgido del proceso de modernización del capitalismo tardío. Y la encontró en la ciudad estadounidense de Las Vegas, en sus casinos, hoteles y carteles anunciadores que se volcaban hacia el strip —la vía principal para el tráfico—.

Venturi celebraba las enseñanzas que cualquier arquitecto podía extraer de aquel estilo abigarrado, de neones y anuncios comerciales que asaltaban al automovilista, al que denominó “comercial vernáculo”. Su lectura de Las Vegas era esencialmente formalista. Se centraba, por decirlo al modo posmoderno, en el “texto” o “el discurso” que la arquitectura comercial enunciaba en sus construcciones, desechando en todo momento analizar los procesos sociales que daban lugar a la existencia de aquel diseño urbano específico o de la ciudad misma. Así advertía al inicio de su estudio: “Las Vegas se analiza aquí exclusivamente como fenómeno de comunicación arquitectónica [cursiva mía]. Del mismo modo que el análisis de la estructura de una catedral gótica no tiene por qué incluir un debate sobre la ética de la religión medieval, tampoco aquí ponemos en cuestión los valores de Las Vegas”.

La arquitectura se convertía así en un texto sin contexto. Venturi atribuía su neutralidad valorativa a la naturaleza contradictoria y compleja del lenguaje arquitectónico, pero lo cierto es que la elección de esa actitud era previa a su análisis formal. Puesto que si

el análisis de una catedral gótica no “tenía por qué” incluir un análisis de las condiciones sociales en las que fue construida, tampoco tenía por qué dejarlas fuera en su análisis de una ciudad como Las Vegas. La decisión de sustraer a su observación todo lo que era ajeno al lenguaje de la arquitectura tenía mucho que ver con la definición de la ciudad como un “fenómeno de comunicación arquitectónica”. Al reducir su interés a los distintos juegos retóricos del lenguaje constructivo, olvidaba mencionar que esa variedad y confusión vital de Las Vegas tenía lugar, precisamente, por su especialización funcional como ciudad de juego y diversión (en comercial vernáculo: dinero y sexo). Se trataba, en definitiva, de una pluralidad y una complejidad amañadas, que reproducían desordenadamente variaciones formales sobre un mismo tema de fondo.

Una vez llevada a cabo aquella reducción, Venturi podía entregarse a una alabanza del arte pop de Warhol por la combinación que hacía de Bellas Artes y arte vulgar; combinación que en la ciudad de los casinos el arquitecto veía desarrollada en su expresión más perfecta. Así abogaba por “el simbolismo de lo feo y lo ordinario en arquitectura” y no le dolían prendas en alabar el frente retórico de la entrada del casino Caesar’s Palace como un ejemplo incomparable de arquitectura contemporánea. La mezcolanza de alta cultura y cultura de consumo, de representación histórica y función comercial se encontraban allí equilibradas para un fin concreto (la diversión) que no había por qué poner en duda.

De modo que si el modernismo arquitectónico condenó el eclecticismo historicista, Venturi apostaba por una vuelta al eclecticismo formal sin necesidad de hacer una valoración social del mismo. Olvidaba que el eclecticismo de la burguesía del siglo XIX fue en gran parte reflejo de las luchas desatadas por el nacimiento de una nueva clase social ascendente. La disputa por la elección del estilo arquitectónico en que debía ser construida la Universidad de Viena sobre la Ringstrasse, por ejemplo, no fue meramente una pugna estética por el gótico o el neoclásico, sino que expresó sobre todo las diferentes apuestas por una institución universitaria para la burguesía en ascenso o la continuidad con la tradición medieval, la formación humanística y técnica o la enseñanza teológica y escolástica[40]. El eclecticismo arquitectónico surgió como defensa de

un proyecto social hacia el futuro en contradicción con su presente. Por el contrario, la apuesta de Venturi partía de una aceptación acrítica del presente que buscaba en el pasado formas de recreación artística —"clichés"— para dotar de cierta aura al proceso incesante de mercantilización en la sociedad de masas. Si el arte pop se podría calificar como una vanguardia sin revolución, la arquitectura de Las Vegas sería un eclecticismo sin historia.

A pesar de todo, la arquitectura posmodernista aún reconocía su precedente en el modernismo, aunque fuese para criticarlo, parodiarlo y "subvertirlo". No en vano, Venturi, frente al less is more (menos es más) de Mies van der Rohe, acuñó su less is bore (menos es aburrido). El espíritu lúdico seguía presente en este posmodernismo, pero con una pátina de descreimiento sobre los fines sociales de la construcción y proyectando una sombra de sospecha sobre cualquier proyecto utópico que pretendiese ordenar la complejidad urbana. El capitalismo estaba aquí para quedarse, y era mejor entregarse a la forma artística de la arquitectura y encauzarla hacia los fines comerciales que la sociedad postindustrial perseguía. El consumo, y no la producción, debía ser el centro sobre el que se expresase la forma de la ciudad. Y el consumo se establecía siempre como parte del ocio y el tiempo libre. La celebración de una sociedad de consumo que podía permitirse todo lo accesorio y recreativo se daba de bruces con el rigor y el purismo formal del modernismo anterior.

La ambigüedad y la contradicción también formaban parte del relativismo moral de los nuevos grupos dominantes en ascenso en el capitalismo tardío. El eclecticismo y el kitsch configuraban el gusto de una nueva clase enriquecida para la que cualquier límite (incluidos los que marcaba el sentido común) se le antojaban como una afrenta para su recién conquistada libertad. La evocación de lujos asiáticos o las referencias históricas a imperios clásicos en la arquitectura cumplían un papel propagandístico para el nuevo poder. Y si la sociedad de masas había terminado por generalizar la mediocridad por doquier, la representación urbana de sus conquistas apelaba a una conjunción de lo vulgar con lo elitista, de lo bajo y lo alto, como apología de una "democratización" del gusto estético. El crítico Charles Jencks juzgaba así las conquistas de la arquitectura posmoderna: "A veces parece buscar un humor

surrealista, aunque no se juega a fondo. La ingenuidad es innegable […] tienen la valentía de su propia vulgaridad"[41].

Así, las lecciones aprendidas en Las Vegas fueron recibidas por un público más que dispuesto a soñar con un mundo de abundancia, lujo y derroche. En muchos aspectos el posmodernismo surgió como un "retorno de lo reprimido" en la sociedad de posguerra. Lo irracional, la libertad individual, el juicio estético irreverente, el juego irónico con el pasado que era una reivindicación del presente… acabaron por extenderse a diferentes ámbitos culturales, desde la filosofía a la política, pasando por las ciencias sociales, la literatura o el arte.

En la arquitectura, el límite a la destrucción de las certidumbres de la primera mitad del siglo XX venía dado por su misma naturaleza constructiva, que requería de un compromiso social fuerte. Si las formas de poder basadas en la identidad, tanto de los estados como de las grandes corporaciones capitalistas, de las clases dominantes y las organizaciones obreras, se habían transformado radicalmente, al iniciarse el último tercio de siglo la arquitectura se encontraba con el problema de dar forma física a ese paisaje en el que, una vez más, todo lo sólido se desvanecía en el aire. Para ello se volvió sobre sí misma, preguntándose por la naturaleza de su lenguaje técnico y artístico, apelando a su autonomía respecto a cualquier otra disciplina. Si el modernismo puso todo el peso sobre la función, se reivindicó la forma; si el racionalismo arquitectónico apelaba a las identidades estables, al gobierno de las fuerzas desencadenadas por el capitalismo y al compromiso de Estado, se alabó entonces lo efímero y contingente, aquello que carecía de un orden y expresaba la contradicción, el historicismo y la iniciativa empresarial. Con Venturi, la arquitectura tomaba partido por el capitalismo de casino que se iba configurando a lo largo de los setenta, sustentado en las nuevas elites financieras y las empresas de comunicación y nuevas tecnologías, impulsoras de aquello que Alvin Toffler describió como "la tercera ola" del proceso de industrialización. Esta alianza entre la arquitectura y las nuevas formas de negocio se mantuvo durante los años ochenta y noventa, y fue acompañada de otra no menos fructífera: la que forjó con la filosofía de la "deconstrucción".

CAPÍTULO 4

… una arquitectura que no tuviera forma,

ligera como el viento.

Toyo Ito

Escritos

Filósofos y arquitectos

Si había que darle forma al vacío dejado por la descomposición de las sociedades modernas, era necesario superar la fase de crítica al modernismo y el espíritu burlón y subversivo de las primeras propuestas posmodernistas. La aplicación de muchos "conceptos" de los nuevos filósofos posmodernos abrió un campo de experimentación formal para la arquitectura mucho más separado en apariencia de cualquier compromiso social, pero fuertemente aliado con las elites del nuevo capitalismo tecnológico que se iba asentando en todo el mundo durante aquellos últimos años del siglo XX.

La deconstrucción en arquitectura surgió en los años ochenta como un trasunto de la nueva filosofía que tras las críticas al modernismo cultural habían iniciado el asalto a la razón ilustrada como una tentativa desesperada por superar (profundizándola) la desintegración de la sociedad moderna. La impugnación a la totalidad del proyecto moderno que llevaron a cabo filósofos como Foucault o Derrida no dejaba de ser una impostura teórica —o como dijo Merquior un nihilismo de cátedra[42]—. Sin embargo, la influencia de sus críticas fue creciendo a medida que el capitalismo

avanzado se iba consolidando. La desaparición del hombre como centro de la preocupación filosófica, la superación del "logocentrismo", la celebración de lo irracional y de "lo otro indecible", la apología de la independencia de significante y significado, y la autonomía de cualquier sistema de referencias lingüísticas respecto a la realidad que pretendía representar… todos estos tropos fueron el caldo de cultivo de la "deconstrucción".

Pero ¿qué era lo que con tanta urgencia se pretendía deconstruir? Fundamentalmente las certezas y las identidades en las que se había basado la modernidad. Los conceptos universales a los que habían apelado las revoluciones contra el Antiguo Régimen se diseccionaban bajo la fría luz de la filosofía posmoderna para encontrar en todas sus construcciones una voluntad de "reprimir" aquello que no atendía a las pautas de pensamiento racional. El mismo sujeto, el hombre, no era más que una ficción condenada a desaparecer en el proceso de disolución que el nuevo capitalismo estaba llevando a cabo por doquier. En la situación de quiebra social y crisis de identidad que siguió al fracaso de las aspiraciones revolucionarias de los años sesenta, solo cabía celebrar esta situación y entregarse a la tarea de ir demoliendo piedra a piedra toda construcción que quisiese dotar de un sentido al desarrollo de la historia. Así lo explicaba Derrida: "La ausencia de significado trascendental extiende hasta el infinito el campo y el juego de la significación".

Pero de ese asalto a la razón no se seguirá la sustitución de un nuevo concepto o idea que reclame legitimidad para ocupar el lugar que la razón moderna deja libre. No hay rey puesto que siga a este rey muerto. Al desbancar las pretensiones logocéntricas de la modernidad lo que se pretende no es hacer habitar ese "centro" ahora sin inquilino con algún nuevo mito. Se trata, más bien, de dejar el espacio vacío, de rendir culto a ese claro o esa nada que queda cuando se consuma el regicidio

En efecto, la deconstrucción posmoderna no podía apelar a un proyecto social alternativo, pues no pretendía un reequilibrio dentro de la dialéctica de la ilustración, sino que trataba de relativizar todo criterio de verdad y llevar la crítica a un extremo en que fuese inexpugnable y, a la vez —y por eso mismo— inoperante para cualquier transformación social concreta. Por eso en muchos aspectos la deconstrucción no era tan posmoderna como premoderna. En el ámbito de la filosofía, las ciencias sociales o la literatura, la deconstrucción podía recorrer su camino de manera fulgurante, ya que casi nadie le reclamaba ningún esfuerzo en sentido contrario (como dijo con ironía Lefebvre, "la muerte del 'Hombre' no afecta más que a los filósofos"); pero al ser trasladada a otros ámbitos como la política, los movimientos sociales o la arquitectura, sus consecuencias fueron mucho más allá de los ejercicios literarios y hermenéuticos.

En ocasiones la vanguardia deconstructiva parecía estar obsesionada con el intento analítico de descomposición, por el mero hecho de realizar un ejercicio formal. Así se destruía cualquier posibilidad de lectura coherente de sus obras y los alejaba de cualquier compromiso. Esa actitud podía intentar ser en ocasiones una "crítica" al proceso de fragmentación social, pero en la mayoría de las ocasiones se convertía, simplemente, en su celebración artística. En otros casos pretendía ser, cínicamente, ambas cosas. De cualquier modo, como uno de los principios de dicha arquitectura era la multivalencia de los significados para cada significante y la confusión deliberada entre función y forma, la tarea de encontrar un sentido fuera del lenguaje arquitectónico era inútil. Luis Arenas ha utilizado la metáfora del manuscrito Voynich[44] para decir de la arquitectura deconstructiva: "[…] con respecto al manuscrito Voynich se nos abren las posibilidades extremas ante las que nos sitúa en ocasiones la arquitectura deconstructiva: la del mensaje secreto que oculta un saber precioso o la de la broma o el puro disparate sin sentido".

Podríamos decir que los resultados de la arquitectura de vanguardia de los años noventa fueron en su mayoría disparates muy bien remunerados y bromas de pésimo gusto. Una de esas espectaculares "bromas" sería la Ciudad de la Cultura que Peter Eisenman proyectó y medio construyó en Santiago de Compostela. No se puede decir

que Eisenman engañase a nadie, pues desde los años setenta venía predicando una teoría arquitectónica muy emparentada con la filosofía derridiana, que podría sintetizarse así: “La forma débil es el resultado de varias ideas: que no hay una sola verdad; que no hay decibilidad (las cosas tienen que ser indecibles, arbitrarias), que las cosas ya no son esenciales (no hay esencia en la arquitectura, no hay esencia en nada), que todo radica en el exceso [cursiva mía]”[45].

Efectivamente, el exceso al que se refería Eisenman trataba de liberar la arquitectura del yugo de la representatividad. En sus inicios apostaba por una “arquitectura conceptual” que apelase a un pensamiento blando y convirtiese el diseño arquitectónico en un “texto”. Proponía abrir los significados y deconstruir las nociones clásicas de la arquitectura, amparándose en un ultraformalismo que no solo denunciaba la preeminencia de la función, sino que luchaba conscientemente contra ella.

En sus trabajos House III y House VI se advierte cómo la casa está desligada tanto del contexto como de sus habitantes, y cómo el arquitecto se entrega a una experimentación formal que da lugar a fuertes colisiones de los planos arquitectónicos y de todo el ambiente con el sentido común. Escaleras puestas del revés, pasillos que no van a ningún lugar, puertas que no cumplen la función de separar dos espacios, pilares que impiden colocar una cama en la habitación destinada al dormitorio. Una de sus clientes dijo: “La casa en sí misma ha sido una fuente constante de placer estético, si bien no siempre un lugar que nos haya protegido de la lluvia y la nieve”.

La justificación a este sinsentido tenía que ver con la teorización de Eisenman, que hacía de la arquitectura un “segundo lenguaje”. El arquitecto no debía abandonar el terreno de la hermenéutica; y si la realidad se empeñaba en demostrar la incompatibilidad de sus diseños con la vida, tanto peor para la vida. Lo que la arquitectura deconstructivista trataba de reflejar era la falta de coherencia y la disolución del sentido de las categorías que habían regido el pensamiento occidental hasta ese momento, y para esa tarea no era necesario apelar a una lectura coherente del espacio. El espacio construido se había convertido en un signo opaco, inaccesible a la interpretación racional y por tanto resistente a ser habitado. A pesar

de lo que pueda parecer, no se trataba de una metáfora crítica con el mundo del capitalismo avanzado, sino de su fiel imitación. No había intención de representar la desintegración, sino de desintegrar el ámbito de la arquitectura en sus elementos formales para destruirlos.

La tentación del vacío se hacía cada vez más fuerte y cooperaba con las nuevas condiciones del capitalismo tecnológico, cuyas herramientas fueron imprescindibles para los nuevos diseños arquitectónicos. Por ejemplo, el "pez" que Gehry diseñó para la Villa Olímpica de Barcelona 92 —al que no supo nunca dar una explicación más allá del recuerdo de una carpa que pescó en su infancia— constituyó el primer empleo de la tecnología informática para el diseño y la fabricación, "en particular el programa llamado CATIA (siglas en inglés de Aplicación Interactiva Tridimensional Asistida por Ordenador)"[46].

En 1988 Gehry había participado, junto a Peter Eisenman, Rem Koolhas, Daniel Libeskind y Zaha Hadid, en la exposición Arquitectura deconstructivista, organizada por Philip Johnson desde el Museo de Arte Moderno de Nueva York. En los siguientes años estos nombres formaron, junto a otros, "el escuadrón de los que sufren un perpetuo jet lag"[47]. La vanguardia deconstructivista trufó con sus diseños y sus edificios singulares las ciudades más importantes del nuevo capitalismo global. La celebración del sinsentido se asentaba en el poder de las elites financieras y en la competencia mundial de las ciudades por acceder al circuito de la "economía cultural". Era la proyección espacial de aquellas teorías que afirmaban el fin de la historia y el advenimiento de la sociedad postindustrial. Los valores y las identidades fijas se habían volatilizado y el mundo se había convertido, para sus intérpretes más integrados, en un flujo constante de información (y de dinero) que prometía la salvación y un nuevo reino de la abundancia.

Las bases materiales para ese nuevo optimismo, que se desarrolló sobre todo durante la década de los noventa, eran tan inestables e ilusorias como muchos de los edificios construidos por la vanguardia arquitectónica. El fraude que han significado, por ejemplo, las obras de Calatrava[48] fue posible gracias al despegue de la especulación y la desestructuración social acelerada que hoy sale

a la superficie tras la resaca post festum. En un momento se confirieron poderes mágicos a la costosa construcción de un edificio que, retorciéndose sobre sí mismo y jugando al despiste, ajeno a toda necesidad social, hiciese las veces de reclamo internacional y situase en el mapa a cualquier región hasta entonces sumida en el shock de la "desindustrialización" y el ajuste a las condiciones de la nueva división internacional del trabajo.

La ciudad se había convertido en pura imagen, y el juego de los lenguajes arquitectónicos se entregaba a la irresponsabilidad con un optimismo renovado. Se acababa de forjar un Nuevo Estilo Internacional cuyo único valor universal era el crédito y el dinero, que no intentaba organizar la ciudad, sino convertirla en marca comercial, que lejos de asumir un compromiso social apelaba al más estúpido de los narcisismos artísticos y al brillo de sus superficies como elementos para una experiencia vicaria del éxito social. Como escribió Eisenman, en un ejercicio de "autocrítica" 20 años después de aquella exposición en el MoMA de Nueva York: "Hemos convertido la arquitectura, nuestro patrimonio, en superficies decorativas. Una superficie que adquiere importancia creciente en la medida en que la arquitectura se representa cada vez más a través de imágenes fáciles de consumir por parte de un público pasivo"[49].

Parecía como si, al reforzarse las condiciones de la opresión y la dependencia respecto a un poder cada día más globalizado y homogéneo, los edificios debiesen despegarse cada vez más de la lógica y de su entorno, aspirar a nuevas cotas de libertad estética e incluso física, para insuflar confianza en un futuro hipertecnológico. Aquellas construcciones nos decían: no hay límites, nada es estable, nada es lo que parece, todo es posible; disfrutemos de este momento mágico de indeterminación. Pero ya se sabe que donde la indeterminación y la disolución de los lazos sociales se instauran durante mucho tiempo, el recurso de la fuerza es el que dirime en última instancia la cuestión de quiénes pueden acceder al "reino de los mil años" y quiénes deben quedar fuera.

La tentación del vacío

El arquitecto japonés Toyo Ito, en la exposición titulada “Visiones del Japón”, celebrada en Londres en 1991, realizó un montaje que pretendía titular Simulation, pero que a petición del director de la exposición, Arata Isozaki, finalmente llamó Dreams. Lo que en la sala se exponía bajo aquel título lo describe así Ito en su artículo “Arquitectura en una ciudad simulada”[50]:

Se proyectan en el suelo videoimágenes de Tokio, fotografiadas desde el aire como un mapa, que van pasando una tras otra. Una corresponde a un paisaje plano y homogéneo tomada automáticamente desde una altura de 300 metros y procesada gráficamente por ordenador. Otra muestra de espaldas a unos chicos jóvenes que están formando una fila y entreteniéndose con unas máquinas de juego. De repente, la pantalla cambia en un instante a un paisaje que muestra una autopista como si esta hubiera salido de la pantalla de un videojuego. El paisaje desaparece hacia el fondo con una velocidad equiparable a la que lleva Akira cuando corre con su motocicleta. Aquí también, debido al procesamiento gráfico de la escena que aparece en la pantalla, se ha eliminado totalmente la profundidad, convirtiéndose en algo parecido a un paisaje de dibujos animados.

Un suelo flotante de 10 m de anchura y de 28 m de longitud pavimentado con paneles translúcidos acrílicos. Una pantalla translúcida acrílica de 5 m de altura se curva en dirección longitudinal. En una parte de ella está incorporada una pantalla de cristal líquido que puede controlarse mediante un sistema eléctrico y oscilar entre transparencia y translucidez. […] Todos los paneles son pantallas destinadas a reflejar las imágenes procedentes de 44 proyectores, 18 de ellos suspendidos del techo proyectan imágenes sobre suelo acrílico, en tanto que los 26 restantes lo hacen desde detrás del acrílico superponiéndose las imágenes en la pantalla.

[…] casi en su totalidad escenas cotidianas de Tokio: grupos de personas cruzando por los pasos de peatones, hombres de negocios charlando en un andén mientras esperan la llegada de un tren-tranvía, un joven hablando por un teléfono público, etc. Estas

videoimágenes forman un collage y van cambiando incesantemente en las 44 pantallas […] El espacio está lleno de sonido ambiental procesado por un sintetizador, sonido que procede de los altavoces de 16 canales, creando un espacio todavía más [sic] tridimensional.

A continuación, Ito describe la siguiente anécdota sucedida durante la exposición: "[…] el Príncipe Carlos, heredero de Gran Bretaña, me preguntó qué es lo que había más allá de las imágenes. Al contestarle que seguramente no había nada, preguntó si yo era optimista, y le contesté que por supuesto que lo era".

Aquí nos encontramos ante el vacío cara a cara y la respuesta de Ito es de un nihilismo ejemplar. Nada había detrás de aquellas imágenes, la superficie sin profundidad celebraba un eterno presente sin sentido del que nada cabía esperar: "¿Tal vez nosotros no podamos alcanzar ningún futuro?", reflexionaba el arquitecto. Su simulación de la ciudad de Tokio no era un juego inocente, atendía a su convicción de que "Tokio es una ciudad simulada", por tanto, su Simulation pasaba por ser el fiel reflejo de una realidad artificializada. Verdad y simulacro se confundían entonces, borradas a través de las nuevas tecnologías las barreras entre realidad y ficción. Según Ito toda nuestra vida, la familia, el trabajo, la ciudad, se han convertido en algo simulado y no queda por tanto realidad a la que asirse, solo imágenes proyectadas sobre superficies cambiantes como en un "estanque de aguas agitadas". Su desoladora conclusión no podría ser más inquietante: "Todo el paisaje de la realidad se va diluyendo en el estado de la 'nada' tranquilo y apacible que pudiera llamarse nirvana. ¿Qué otra cosa podemos vislumbrar del futuro sino ese estado de extremo control tecnológico?"[51].

Los paralelismos con la obra de Baudrillard son evidentes, y hablan por sí solos de los principios de esa "arquitectura de límites difusos" o "arquitectura líquida" que Toyo Ito ha defendido durante la primera década del siglo XXI. Este "flâneur de la era digital" —como lo describe el prologuista de sus Escritos— apela a una teoría de la naturaleza como "constructo" social y la desaparición de los límites entre el mundo de los fenómenos reales y los flujos de información del mundo digital que, según él, nos "traspasan"

aunque no podamos verlos. Para Ito, “nosotros, sin darnos cuenta, hemos empezado a tener, día a día, un cuerpo transformado en androide”[52]. El cuestionamiento de los ordenes vitruvianos de la arquitectura renacentista va más allá del que intentaron Tschumi o Eisenman al contraponerlos en planos separados; para Ito la arquitectura renacentista concebía el cuerpo como un mecanismo estático, pero su arquitectura se basa en la concepción del cuerpo humano como un sistema de fluidos. Como se ve, la dialéctica entre estabilidad y cambio, entre orden y vida, se ha llevado aquí al extremo, para concluir que la vida no es otra cosa que cambio continuo y fluidez perpetua, proceso de transformación en el que aquello que pretende perdurar está condenado a desaparecer.

Su método, sin embargo, no se aparta del conformismo conservador de Venturi, pues como también leemos en el prólogo “parte de la aceptación del mundo tal como se nos presenta para elaborar imágenes fantásticas […]”[53]. Qué función puedan tener esas imágenes para el habitante de Tokio o de cualquier otra ciudad, qué fines sociales persigue y qué compromisos asume con ese “estado de extremo control tecnológico” es algo que queda fuera de su reflexión arquitectónica. Al experimentar la constante transformación del entorno construido que sufre una ciudad como Tokio, inmersa en la espiral del capitalismo hipertecnológico, parece que no queda más remedio que rendirse a la tentación del vacío y, a partir de ahí, elaborar obras arquitectónicas que se acercan más a la escultura o a las instalaciones artísticas posmodernas que al intento de construir un sentido colectivo para la ciudad. Para Ito el orden arquitectónico ha perdido toda su capacidad de expresar y contener valores sociales en conflicto, cualquier idea que quiera perdurar en los edificios “presiona y margina al cuerpo nómada”. Por eso es necesaria la transformación de la arquitectura (mejor sería decir su disolución), pero no como transformación revolucionaria, sino como intervención terapéutica: “Para curar el cuerpo, caído en un autismo esquizofrénico, ¿no es necesario que quitemos la pared que separa el interior del exterior? […] no se debe intentar someterlo a un orden arquitectónico, sino que hay que dejarlo flotar en estado de fusión en medio de la realidad”[54].

Por ello su arquitectura aspira a la provisionalidad y a la

desaparición de los límites que separan el espacio privado del público. Las múltiples conexiones electrónicas que han tejido una hiperrealidad envolvente sobre los cuerpos en la ciudad no puede ser ignorada por la arquitectura, pues las formas de habitar ese espacio ya no pueden basarse en la identidad ni en lo fijo, sino que se deben a lo adaptable, las superficies maleables y lo móvil. Sus materiales preferidos para recubrir fachadas son, por ello, mallas de aluminio y telas metálicas que responden con su movimiento ondulante a los vientos y que adaptan su forma a los vaivenes y fluctuaciones. También utiliza proyectores y superficies electrónicas que generan imágenes desde el propio edificio, como hizo en su Torre de los Vientos construida en Tokio.

Toda resistencia ha sido vencida por el proceso de modernización tecnológica, solo queda adaptarse para que el flujo no se vea interrumpido. El orden arquitectónico tradicional se convierte en un obstáculo a eliminar, y el anhelo del arquitecto ya no es contribuir con su actividad a la construcción de una sociedad: su búsqueda artística camina hacia el absurdo de "pensar lo maravilloso que sería, si pudiera existir [cursiva mía], una arquitectura que no tuviera forma, ligera como el viento"[55]. Por qué —y para quién— sería maravilloso que tal cosa existiese nos lo podemos imaginar.

Si hacemos caso a Deyan Sudjic, la arquitectura "puede considerarse la primera y aun así una de las más poderosas formas de comunicación de masas. Por eso floreció bajo tantos sistemas políticos autocráticos. Y por eso tiende a atraer a los individuos poderosos que quieren dejar su impronta. Tiene un impacto intelectual y material a la vez"[56].

En el cambio del capitalismo organizado de posguerra a las nuevas condiciones surgidas tras la crisis de los años sesenta y setenta, la arquitectura fue virando hacia la expresión de un poder en ascenso que carecía de formas reconocibles. Las críticas al modernismo, como hemos visto, abrieron cuestiones vitales sobre el estancamiento cultural del capitalismo, y las elaboraciones posmodernas trataron de interpretar el nuevo escenario que se abría con la expansión del proceso de modernización a todo el planeta. Fue una reacción tradicionalista, relativista y en muchos aspectos conservadora, que se volvía hacia los orígenes del lenguaje

arquitectónico para analizar sus estructuras fundamentales y tratar de subvertirlas con un espíritu muchas veces burlón e irónico. El proyecto de la modernidad no había cumplido con sus promesas y los arquitectos posmodernos comenzaban a afirmar que el afán utópico de organizar la ciudad atendía a fines ajenos a su disciplina y que, en último término, contribuía a reforzar regímenes políticos totalitarios. El argumento tipo era: "Hoy en día, algo que me llena de júbilo —aunque desde cierto punto de vista puede resultar un tanto angustioso— es que somos incapaces de diseñar una ciudad. Ya no podemos diseñar la ciudad: estamos obligados a reconocer que no sabemos cómo será, nos resulta imposible proyectarla como una totalidad y, en cierto modo, somos, pues, incapaces de ser totalitarios, ya que el totalitarismo tiene como expresión última la capacidad de diseñar la ciudad"[57].

Abandonad toda esperanza

La democratización producida por la extensión del consumo y la paz social entre diferentes clases sociales hizo obsoletas las proyecciones y el gigantismo de los objetivos modernistas. El crecimiento de las ciudades y su fragmentación social borró las fronteras tradicionales entre la naturaleza y el entorno construido, entre alta cultura y cultura de consumo, entre burgueses y trabajadores, convirtiendo la vida urbana en un magma agitado y eléctrico donde consumidores de todo tipo pugnaban por alcanzar una posición reconocible dentro de un proceso de desdiferenciación que lo mezclaba todo en un batido constante.

La representación, y muchas veces la celebración, de este estado de cosas requería de un lenguaje arquitectónico capaz de fragmentarse a su vez en elementos simples que reflejasen la desorganización y "flexibilidad" creciente que el proceso de modernización provocó en la sociedades desarrolladas. El nuevo poder que construyó durante el último tercio del siglo XX carecía supuestamente de centro, pero la posmodernidad no lo sustituyó por otro, sino que implantó poco a poco el vacío y finalmente se acomodó a él. Paralelamente, las

ciudades crecieron tanto y de tal manera que su centro histórico se convirtió en un reducto muchas veces marginal. Las operaciones de remodelación, encabezadas por proyectos de la vanguardia arquitectónica, los convertirían después en una especie de souvenir de la destrucción urbana.

La arquitectura de este fin de siglo representó al poder de la masa consumidora y al despegue de un nuevo capitalismo financiero y tecnológico que durante los años ochenta y noventa afianzó un nuevo orden internacional. Orwell dejó escrito que “ciertas artes, como la arquitectura, pueden encontrar beneficios en la tiranía”. Y si Mies fue invitado por el Partido Nacionalsocialista de Hitler al concurso para la construcción del Reichsbank, y Le Corbusier intentó que el Gobierno de Vichy adoptase sus planes para la remodelación urbana de París, la arquitectura posmoderna se plegó a los dictados de un poder más difuso y global que en la era de la revolución electrónica y “neoliberal” aspiraba a un mundo totalmente integrado en el proceso de mercantilización.

La vanguardia deconstructivista en arquitectura se hizo eco de aquellas elaboraciones filosóficas que advertían a todo el mundo del final de cualquier identidad, de la historia, de lo sólido, y se aventuraban a proclamar que todo aquello que habíamos considerado como realidad, en algún momento, se había artificializado hasta tal punto que la única actitud posible era la de eliminar toda resistencia y entregarse a la fluidez de los tiempos y a la disolución. El proceso que se inició hace más de 200 años con la primera industrialización de Europa culminaba en la celebración hipertecnológica y en la supresión misma del espacio construido de la ciudad.

Pero abandonando definitivamente el modernismo, e intentando encontrar un nuevo paradigma arquitectónico, no se hacía más que seguir los dictados de los nuevos grupos en el poder, que insistían en que todo era pura ficción y que cualquier tentativa de transformar este orden estaba condenada a acabar siendo integrada como una parte más del juego infinito de los reflejos. La abierta especulación y el fraude que muchos de los proyectos arquitectónicos neovanguardistas han supuesto están hoy a la vista de todos, desde la ruinosa Ciudad de las Artes y las Ciencias de

Calatrava hasta la fantasmal Ciudad de la Cultura de Eisenman.

Al mismo ritmo vertiginoso que se construyeron edificios (cuya vida útil no alcanzará probablemente a una generación), se destruyó la ciudad. Lo urbano crecía vaciando el contenido de las relaciones sociales que aún podían sobrevivir en algunos barrios, y la celebración arquitectónica del desvarío de la sociedad industrial se acercaba al esperpento. ¿Qué nos quería decir en el fondo esta nueva arquitectura del poder? El mensaje, una vez pasado el inicial optimismo y los grandes fastos, está claro: abandonad toda esperanza. El vacío finalmente se había constituido en el centro mismo del desarrollo económico e industrial, y los procesos de descomposición social barnizados con una capa de "tecnología liberadora" están hoy lejos de contraponer una forma de crear el espacio que vuelva a situar en el centro de su actividad no ya las viejas aspiraciones revolucionarias, sino la más básicas necesidades humanas del habitar.

De aquella deconstrucción nos queda hoy el aire de un crimen y la certeza de que el proceso de modernización ha construido sus aspiraciones sobre barro. Una "arquitectura de la vida" debería tener presentes las enormes fuerzas que se le oponen y el ritmo imparable de construcción de necrópolis adornadas con esculturales banalidades que nos ha legado el siglo XX, y cómo el agotamiento de la sociedad industrial requerirá de grandes renuncias y de otras formas de habitar el espacio que tendrán que parecerse a los asentamientos más sencillos que el ser humano logró construir para su supervivencia en comunidad.

Quizá su labor pase también por tratar de aplicar unas cuantas verdades que el modernismo arquitectónico forjó justo en el momento en que la ciudad comenzaba a ser fagocitada por el proceso incesante de urbanización (la adecuación de los espacios urbanos, su accesibilidad, la racionalización del caos producido por el desarrollo); pero también por recuperar lo que Iván Illich denominó valores vernáculos, en el sentido de un habitar consciente, enmarcado en una transformación social más amplia que abandonase los valores de la sociedad industrial y del incesante crecimiento urbano.

CAPÍTULO 5

‘THEATRUM MACHINARUM’

Hay dos discretas leyes que no se reconcilian, las leyes de los hombres y aquellas de las cosas.Estas últimas crean las ciudades y flotas, mas se tornan indómitas y destronan al hombre.

R. W. Emerson

Universo de máquinas

Si hay un lugar en el que se expresa en toda su complejidad la difícil coexistencia del ser humano con las máquinas que construye es, sin duda, en la ciudad. La acumulación de “hombres y engranajes” que las ciudades han propiciado históricamente ha sido fastuosa, y ha atraído y repelido a partes iguales a quienes presenciaron su desarrollo. La vida social se subvierte en este universo artificial donde las máquinas tienden a humanizarse mientras los seres humanos adoptan comportamientos maquinales. Los lazos sociales comienzan a disolverse y confundirse en un revoltijo de relaciones mediadas por cosas: mercancías y artefactos imponen su propia lógica, desplazando del centro del escenario al ser humano.

El crecimiento de la vida urbana y el desarrollo de las capacidades técnicas han aparecido históricamente ligados. La innovación tecnológica puede verse como consecuencia de la aglomeración urbana, pero también como causa de su desarrollo más allá de los límites físicos que la contuvieron durante siglos. En los últimos 200 años, al menos, el crecimiento urbano ha sido inseparable del desarrollo de las técnicas de transporte y almacenamiento de bienes, información y personas que la industria ha organizado a lo largo del planeta.

La ciudad, por ello, podría ser definida como un gran Theatrum

Machinarum[58] en el que encuentran respuesta los problemas de la existencia humana en comunidad, al tiempo que se producen muchos otros que exigirán, a su vez, nuevos ingenios técnicos para su solución. Un mecanismo casi automático, se diría despersonalizado, pero que, sin embargo, tiene sus protagonistas, sus ganadores y perdedores; que se da en el espacio social al mismo tiempo que lo construye, lo delimita, lo institucionaliza y acaba por naturalizarlo de manera artificial. Quizá por ello a menudo se ha utilizado la metáfora del conglomerado urbano como una gran máquina, cuyos habitantes devienen piezas insignificantes de la misma.

Lewis Mumford insistió durante gran parte de su obra en que la máquina más perfecta que haya construido el ser humano no era ningún artefacto ni conjunto de mecanismos automáticos, sino la misma agrupación humana que bajo un mando único se desarrolló en las ciudades antiguas, con el auge de las monarquías teocráticas. Pero de esta "máquina invisible" no quedaron vestigios más que en las ideas de una Ciudad Ideal que las utopías posteriores, desde Platón a Thomas Moro, recuperaron en interés de encontrar un funcionamiento perfecto del engranaje social en el espacio urbano: "La razón de que esta máquina pasara tanto tiempo sin ser detectada radica en que, aunque era extremadamente complicada, estaba compuesta casi enteramente por piezas humanas"[59].

La coexistencia entre el poder que organiza las técnicas y la vida en común de la ciudad siempre ha tenido un carácter conflictivo. Pero en nuestros días las exigencias técnicas que surgen de la aglomeración urbana moderna se han organizado de tal forma que sus fuerzas tienden no solo a la disolución de la propia ciudad, sino a la creación de mecanismos que están haciendo desaparecer la vida en la biosfera tal cual la conocemos.

En su diálogo Protágoras, Platón relataba cómo la inteligencia técnica que le fue dada a los hombres por Prometeo, cuando les brindó el fuego robado a los dioses, era imposible de aplicar de manera aislada. Necesitaba de la cercanía y la comunidad, de la vida en la ciudad, para poder desarrollarse. Por ello, Zeus había dotado a los seres humanos con las virtudes de la honestidad y la justicia —aidós y diké— mediante las cuales regulaban la

coexistencia en la polis. El desarrollo de la técnica y la vida urbana debían estar contenidas en nociones éticas comunes que permitiesen equilibrar las tensiones que surgían de su encuentro.

Las habilidades técnicas se acrecientan cuando el ser humano afronta los problemas de la construcción de un entorno que garantice su supervivencia en la naturaleza, un cosmos propio que solo se mantiene estable por los lazos que unen a sus habitantes. Pero, al mismo tiempo, el incremento de las capacidades técnicas instituye nuevas formas de poder que tienden a perturbar los precarios equilibrios de ese universo artificial. Mantener la ciudad unida requería, por ello, tanto de las obras para el abastecimiento de agua, la construcción de puertos y vías de transporte para el comercio con otras regiones como de la construcción de templos y santuarios, y la invención de ingenios tecnológicos que permitiesen demostrar el poder de esa unión. Los importantes desarrollos técnicos de las polis griegas atendieron fundamentalmente a estos aspectos religiosos (de religare, mantener unido). Antes que a los objetivos económicos, la técnica en las ciudades sirvió al mantenimiento del orden social que permitía la convivencia urbana. La técnica surgió en sus aspectos fundamentales de la ciudad y para la ciudad, pero durante mucho tiempo se mantuvo contenida dentro de sus límites, mientras la vida urbana tendía de manera explícita hacia la autarquía. De este modo, la técnica organizaba las fuerzas que tendían a disolver la ciudad, con tal de asegurar y reproducir un determinado modo de vida propio e independiente de otras ciudades.

Fue tan grande el desarrollo de la urbanidad en el periodo que llamamos Antigüedad que sus creaciones técnicas llegaron incluso a la fabricación de autómatas: diosas que saludaban a la multitud en los desfiles de fiestas y simposios, estatuas de cuyos pechos manaba leche, pórticos de templos que se abrían mediante un mecanismo oculto, clepsidras que medían el tiempo en fracciones regulares para que los litigantes en un juicio tuviesen un reparto equitativo en la exposición de sus argumentos[60]… La formación de este sistema técnico estaba muy ligado al desarrollo de la vida urbana, a sus requerimientos materiales y simbólicos. Pero aún era un pequeño oasis de humanidad civilizada frente a la gran masa del mundo desconocido, sujeta a los vaivenes de la naturaleza, muchas veces

presa de las fuerzas que la llevaban a la destrucción, a la guerra y la tiranía. Un fuego ardía en medio de la oscuridad, y por primera vez la ciudad se enfrentaba a ese dilema de dominar la técnica para evitar, a un mismo tiempo, que el fuego se extinguiese y que, descontrolado, hiciese perecer a la civilización entre sus llamas.

Nuestras ciudades contemporáneas, a partir del progreso de la industria, cuando la tecnología desbordó sus límites, se entregaron al incendio como forma de extender el universo artificial a la totalidad del mundo conocido, en una locura sin freno que nos ha llevado a la pretensión de colonizar incluso otros planetas[61]. "Esta explosión tecnológica ha producido una explosión semejante de la propia ciudad: la ciudad ha estallado esparciendo sus complejos órganos y organizaciones por el paisaje entero."[62]

Así, lo que era un universo cerrado, contenido en los estrechos márgenes de una vida social que aún tenía presentes los límites materiales de su reproducción, estalló con la organización industrial de la existencia, y ese universo de máquinas se expandió por todo el territorio, imponiendo sus propias lógicas y autonomizándose, destruyendo gran parte de aquello que había nutrido su crecimiento. Pero quizá la primera y más importante destrucción fue la de la honestidad (aidós) y la justicia (diké). La concentración urbana se reveló entonces como una concentración de poder que polarizaba a sus habitantes según su posición respecto al dominio de las nuevas y pujantes fuerzas de producción. De este modo, los medios técnicos se convirtieron en fines sociales, y la consecución de una aglomeración inédita, que tendía a crecer de forma acelerada, transformó para siempre el significado de la vida urbana durante los últimos dos siglos de consolidación de las sociedades industriales.

La mecanización y el urbanismo propiciaron casi de manera cíclica, en sucesivas olas, la destrucción de la ciudad. La creciente complejidad de la organización urbana contemporánea encubre, sin embargo, una brutal simplicidad en cuanto a sus fines sociales: la desposesión creciente de sujetos y comunidades en favor del "mando unificado" que requiere su extensión sin límites. Esta urbanización de la condición humana, que sigue su destructivo curso con el fin propagandístico de conseguir la abundancia

generalizada, ni siquiera asegura los mínimos necesarios para la reproducción de la existencia a una gran parte de sus habitantes. Ampliados sus dominios a todo el planeta, sus medios técnicos acaban favoreciendo, sobre todo, la destrucción de las condiciones que hacen posible la vida en la Tierra.

Los lazos que mantenían unidos a los habitantes de las ciudades se transforman en funciones contractuales, y las personas tienden a confundirse en ese vasto universo de máquinas. Los medios de comunicación de la urbe total se encargan, mediante su propaganda cotidiana, de facilitar la adaptación de los seres humanos a las nuevas condiciones de esta vida en cautividad, donde las múltiples prótesis tecnológicas prometen una "autonomía" casi completa en el futuro, a cambio de la efectiva servidumbre a su dominio presente. La vida en las ciudades se convierte así en una lucha constante por adaptarse a los requerimientos tecnológicos que permiten mantener artificialmente la vida de un organismo colapsado. Pasar de aquel "aire de libertad" de las primeras ciudades a esta penosa respiración asistida ha sido la verdadera historia de la urbanización contemporánea. Mientras la construcción de un mundo artificial siguió siendo fruto de un esfuerzo colectivo por permanecer juntos, la lucha por la libertad y la justicia tuvo una medida humana; no pretendíamos ser dioses. Sin embargo, cuando el crecimiento urbano comienza a parecerse más a un mecanismo implacable y autónomo, el sentido de la medida acaba en el fondo de los grandes vertederos que rodean las metrópolis. Nuestra basura, por ello, habla mucho mejor de las ilusiones frustradas de la abundancia y del futuro que nos espera como sociedad que de la dudosa monumentalidad y belleza de nuestras ciudades.

Los fines compartidos de la vida en común que animaban la ciudad, la comuna o el municipio han sido sustituidos por la adaptación individual de miles de millones de urbanitas a la compleja gestión tecnológica de sus existencias, cuyos fines no podrían ser más elementales: crecer para mantener el crecimiento, controlar para no perder el control. Esta vida urbana, de horizontes tan estrechos y miras tan cortas, que se ha impuesto finalmente a la vida rural y a la vida en la ciudad, lucha cada vez más contra su propia naturaleza. Sus habitantes también lo hacen: pelean consigo mismos para seguir vivos en un medio altamente hostil. Mantener la

dignidad, y no ser asimilados del todo por la vorágine de engranajes y nocividades, es la silenciosa y tenaz lucha que tiene lugar a diario en las aglomeraciones urbanas de todo el planeta. Una lucha desigual, que cuenta sus víctimas por millones, y que solo en ocasiones se vuelve consciente de su propia importancia. Solo en ocasiones logra trascender los límites que le impone el funcionamiento de la urbe total y poner en el centro de su lucha la preocupación por la reproducción de la vida humana en lo mejor que esta tiene. Solo cuando la ciudad se enfrenta a las exigencias del desarrollo tecnológico, y opone a su lógica mecanicista de la ganancia inmediata la preocupación por el crecimiento de lo humano, el urbanismo puede ser puesto en cuestión. Pero esto no sucede a menudo, porque las fuerzas desatadas por la técnica organizada abarcan hoy casi la totalidad del territorio, y lo que queda de ciudad en las aglomeraciones urbanas es quizás muy poco como para alzarse en su contra.

Las ciudades se encuentran hoy, por ello, sitiadas por su propio desarrollo, lo que supone una novedad sin precedentes en la evolución humana. En muchos aspectos ha desaparecido aquel "enemigo exterior" —que la "guerra contra el terrorismo" no obstante trata de recuperar—, y la verdadera lucha se libra hoy contra la propia lógica de un crecimiento desbocado y devastador, que ha socavado las bases tanto para la satisfacción de las necesidades básicas como para el ejercicio de la libertad y la autocreación humana.

Mecanización y urbanización

La concentración humana en la ciudad ha planteado históricamente los problemas que la inteligencia técnica debía resolver. Desde la alimentación a la organización de los cultos religiosos, pasando por el transporte, las actividades comerciales, la justicia y la defensa frente a los desastres naturales o la guerra.

Las tensiones entre la organización de la vida social en la ciudad y la concentración que requiere el desarrollo tecnológico han estado

siempre presentes en los asentamientos humanos, no son resultado exclusivo de la moderna organización de la economía globalizada. Pero esto no contradice el hecho de que la urbanización desarrollada por el proceso de industrialización tenga unos rasgos particulares que han llevado esas tensiones, en muchos casos, al punto de no retorno. Por ejemplo, la destrucción de suelo fértil por efecto del desarrollo urbano y las distancias cada vez mayores que deben recorrer muchos productos de primera necesidad para ser consumidos en la urbe reproduce un problema, el del abastecimiento, que se planteó tanto en las polis griegas como en las comunas medievales, pero en nuestros días extiende las contradicciones de esta lógica a una escala tan grande que la transforma cualitativamente. Y esa es una constante del desarrollo industrial: modificar la naturaleza de las cosas mediante su reproducción ampliada hasta el absurdo[63]. De este modo, la extensión de la vida urbana depende cada vez en mayor medida de la mecanización de sus procesos, de su organización técnica y de la concentración del poder de decisión, hasta el punto de parecer que no está ya en manos de nadie decidir sobre ella y que obedece a una voluntad autónoma y ciega en sus metas.

Pero no siempre fue así. El crecimiento de una sociedad urbana durante lo que llamamos Edad Media tuvo como una de sus condiciones indispensables la extensión del conocimiento técnico para el aprovechamiento de la energía eólica e hidráulica a través de la construcción de molinos[64]. Su extensión por toda Europa significó el florecimiento de la vida urbana mediante la "democratización" del uso de estas tecnologías de las que se beneficiaron muchas comunas y municipios. Pero por "democratización" no debemos entender la extensión de un tipo de régimen liberal, de derechos individuales y económicos, como el que conocemos hoy, sino el acceso de las comunas a unas formas de producir trabajo que las dotaron de cierta autonomía y libertad en tanto comunidades asentadas en un territorio. Es decir, la tecnología del molino era reproducible por casi cualquier agrupación humana de tamaño medio y no implicaba la organización social y política que requiere en nuestros días, por ejemplo, el mantenimiento de una red eléctrica estatal o la gestión de la energía nuclear. La interdependencia y la concentración de poder que necesita el desarrollo urbano de la era industrial es

inmensamente mayor que el que surgió de la multiplicación de ciudades autónomas en toda Europa desde el siglo XI al siglo XVI, aproximadamente, y la naturaleza del conflicto entre tecnología y libertad se ve, por ello, alterada hasta el punto de poder sojuzgar tanto la vida social como la vida orgánica.

Adecuar las ciudades para satisfacer las necesidades comunes frente a la escasez es totalmente distinto a fomentar el crecimiento urbano para mantener la "abundancia". Las formas de la opresión cambian y con ellas las definiciones de la libertad humana. La ciudad pasa de ser baluarte contra la necesidad y conjura contra la tiranía a convertirse en promesa de riquezas y libertad económica. De universo cerrado para la reproducción de la vida humana a mecanismo expansivo para la producción material de bienes. Así, la mecanización y el urbanismo se convierten hoy en caras de la misma moneda con la que se paga el precio de la abundancia: la pérdida de libertad.

Para las urbes contemporáneas, la electricidad, el automóvil y la climatización han sido probablemente los desarrollos tecnológicos que más han influido en su aspecto actual y aquellos que han contribuido a su destrucción de forma más visible. Pero ninguno de ellos se puede concebir separado del conjunto de técnicas que ha desarrollado la cultura material del industrialismo. Todos forman parte de un complejo tecnológico que presupone unas formas concretas de satisfacer las necesidades humanas: crear constantemente nuevas necesidades que quedarán insatisfechas para la mayoría y que, por eso, contribuirán a posteriores desarrollos de la vida urbana.

El automóvil promete la libertad de movimiento en la ciudad solo para volver la circulación humana impracticable y paralizarla constantemente: crece entonces la ciudad hacia el suburbio, se instaura la necesidad de la "vida en las afueras", para la que se necesitan más coches, nuevas carreteras, más combustible, mayor organización del tráfico y, finalmente, más horas de desplazamiento: una esclerosis ampliada. Cuanto más avanza el urbanita en su libertad de desplazamiento, más servidumbre rinde a la industria automovilística. Cuanta más independencia se le ofrece, más sujeto se encuentra a la geopolítica del petróleo barato.

Cuantos más aparatos eléctricos le facilitan su vida doméstica, más lejos se encuentra de la autonomía y la comunidad. Cuanta más información obtenga a través de los medios de comunicación, más incomunicado e ignorante de lo que tiene más cerca. Finalmente, cuanto más ciudadano de la urbe global se sienta, más colaborará con el aparato de dominación que destruye las fuentes de la vida planetaria en todo lugar.

Así gira la rueda del desarrollo urbano, cada vez más dependiente de las soluciones técnicas y menos pendiente de las necesidades humanas. La aglomeración ya no puede prescindir de sus prótesis tecnológicas: sin ellas se desmoronaría como una cáscara vacía. El núcleo interior de su vida, la voluntad de permanecer juntos frente a los designios de la escasez y la opresión, se ha disuelto casi por completo.

La construcción de tecnópolis

Durante las primeras décadas del progreso industrial, el conflicto entre la vida en la ciudad y el desarrollo tecnológico de la producción se solventó mediante un conocido procedimiento: construir más casas y llenarlas de cosas. El desarrollo industrial y el crecimiento urbano fueron así de la mano, primero en Europa y más tarde en América. Hasta cierto punto, se podría afirmar que el producto más acabado de la era industrial fue la vida urbana, que se oponía a la ciudad tradicional y aplicaba las normas de la "destrucción creativa" al espacio social. El cambio en las pautas de consumo, el abastecimiento de las ciudades, sus formas de transporte y la relación con el territorio circundante cambiaron para siempre entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX.

Pero el mecanismo entró en crisis en el último tercio del siglo pasado. Los límites físicos del crecimiento, junto a las fuerzas de disgregación desatadas por el progreso tecnológico, disolvieron los vestigios de la ciudad tradicional y un magma urbano en ebullición (alentado por la combustión de petróleo) se extendió por el paisaje. Las nuevas formas de organización de la producción y el transporte

internacional de mercancías llevaron la expansión urbana a los llamados “países en vías de desarrollo”, pero en muchos lugares tuvo lugar una urbanización sin industrialización, un crecimiento en el vacío, en el que no se trataba tanto de la construcción de ciudades como de la formación de masas de consumidores urbanos para los productos de la industria global.

Eran los inicios de la construcción de Tecnópolis, una urbe total que pretende integrar al orbe entero en sus lógicas mediante el acondicionamiento tecnológico. Para su creación fueron necesarios tanto el aumento de la extracción de petróleo como la organización de grandes burocracias para el comercio internacional, pasando por la administración de la propaganda diaria a través de los medios de información y las nuevas tecnologías de la comunicación. La combinación de estos procesos, que llevaron a cabo los estados modernos y las grandes corporaciones surgidas del capitalismo de posguerra, consiguieron rendir las ciudades a dinámicas globales que destruían los restos de su autonomía y rompían los lazos regionales que habían tejido en sus primeros asentamientos.

Tecnópolis se constituye, por eso, como una anticiudad, porque destruye las razones para permanecer juntos, sustrae los ámbitos de decisión de la vida cotidiana en la ciudad y administra una existencia carente de sentido a cambio de facilitar el acceso a un dudoso confort y un estilo de vida que necesita de la propaganda y la manipulación constante de los individuos para legitimarse: “Se puede formular la acusación de que el crecimiento sin control de la tecnología destruye las fuentes esenciales de nuestra humanidad, crea una cultura sin fundamentación moral y socava algunos de los procesos mentales y de las relaciones sociales que hacen que una vida humana merezca la pena de ser vivida[65].

En Tecnópolis la opinión viene dictada por las grandes empresas de la comunicación global. Y es una opinión cosmopolita: no nos dice tanto qué tenemos que pensar sobre las cosas como sobre qué cosas debemos pensar. Y son siempre los asuntos de Tecnópolis, no los de nuestra vecindad, no los de nuestra ciudad, sujeta a grandes transformaciones sobre las que, como nos cuentan a diario, nada podemos hacer salvo encontrar la mejor forma de adaptarnos. A cambio, nos ofrece diversión y entretenimiento a raudales, miles de

contenidos audiovisuales para rellenar el vacío que produce; exóticos destinos turísticos, vuelos baratos a cualquier rincón del mundo y aventuras con riesgos controlados. Conexión permanente, a través de Internet, a una cacofonía que embota nuestros sentidos y nos acostumbra a ese ruido constante de la denominada "opinión pública". Ofrece a todos los habitantes de sus centros de poder una justificación constante de su modo de vida y la ilusión de tenerlo todo al alcance de la mano. A quienes sobreviven en sus periferias y sus abundantes tierras quemadas les brinda las imágenes y los modelos de lo que deben ser, aquello a lo que todo el mundo aspira. Las catástrofes, accidentes y amenazas globales que sufre Tecnópolis también son expuestos con delectación cotidianamente para reafirmar, por contraste, la marcha imparable del bienestar y el buen tono de esta urbanidad global, siempre solidaria cuando el sufrimiento aparece a través de una pantalla. La gestión de sus nocividades y la reacción histérica frente a sus "crisis" es comentada extensamente por una red mundial de expertos, divulgadores y charlatanes de todo tipo que afianza la fe en las soluciones tecnológicas.

La tendencia en Tecnópolis se encamina, así, a la sustitución de cualquier tipo de lazo comunitario por una masa de individuos conectados. Y en la medida en que la producción del espacio social se hace más homogénea, en la medida en que cualquier espacio urbano tiende a albergar un mismo tipo de relaciones sociales, la oferta de diferenciación y de originalidad se convierte en una industria de primer orden. Tecnópolis necesita de un constante reencantamiento del mundo, porque en su afán de integrar todo el territorio ha destruido las diferencias y la riqueza de las relaciones humanas en las que se basó su crecimiento. Su propaganda puede repetir que en el mundo urbanizado todos adquirimos cierta singularidad, porque en el fondo todos vivimos del mismo modo, o al menos se supone que debemos aspirar a ello.

Como todo sistema de opresión histórico, la propaganda de Tecnópolis sustituye la realidad por una jerga. Sus términos son bien conocidos: innovación, gobernanza, sostenibilidad, desarrollo tecnológico, seguridad ciudadana… Pero sus construcciones se caracterizan por ser espacios inhabitables. Las infraestructuras que su armazón tecnológico necesita han desplegado sobre la ciudad y

el territorio un sinfín de lugares carentes de vida: nodos de comunicación y complejos de producción energética, centros logísticos de mercancías, grandes enclaves de almacenamiento, carreteras y autopistas, ciudades dormitorio, playas de estacionamiento, plantas de tratamiento de residuos, vertederos y barriadas. En la tramoya de Tecnópolis encontramos los espacios de la desolación como tipología más frecuente. Por ello, lo feo y lo provisional brillan con especial fuerza. Y la espectacularidad de algunas de las construcciones de sus ciudades globales, sus "edificios singulares", no logra equilibrar el paisaje devastado que crece a su alrededor. Al contrario, por su excepcionalidad, estas superficies relucientes y fastuosas en realidad llaman la atención sobre la falta de grandeza, la ausencia de honestidad y justicia que destila su vida urbana. Pura compulsión, Tecnópolis se nutre del afán por escapar de sí mismos de la mayoría de sus habitantes. Sus torres de cristal, iluminadas en la noche, se retuercen hacia un cielo cuyo fulgor se ha apagado y a su alrededor se extiende un silencio de cementerio.

Pero Tecnópolis no deja de avanzar. Hay demasiado en juego, porque no parece existir punto de llegada ni lugar al que regresar. El vacío que extiende a su paso amenaza con destruirla si se detiene. Las máquinas deben funcionar, por ello, las 24 horas del día, todos los días del año. Sus afanes se bastan a sí mismos, y en cada desastre que amenaza su funcionamiento se reafirma la necesidad de crecer sin límites. La construcción de Tecnópolis persigue, así, el mismo objetivo que el de los primeros constructores de máquinas: la creación de un movimiento perpetuo. Una imitación del universo, el verdadero sustituto mundano de Dios: una gran máquina donde habitar para siempre.

Nuestro universo artificial carece de equilibrio y parece haber enloquecido porque aquello que busca desesperadamente es precisamente lo que ha destruido en el curso de su búsqueda. A nosotros, sus habitantes, nos queda la tarea de evidenciar en toda su crudeza este hecho: vivimos fuera del mundo que una vez fue nuestro hogar, casi sin esperanza ni atisbo de redención. Lejos de la naturaleza y lejos de la comunidad. Y aun así debemos encontrar razones para permanecer juntos.

CAPÍTULO 6

SALIENDO DE LA CIUDAD SIN LÍMITES

> No existe un afuera; extramuros se extiende un espacio confinado.
>
> Marc Badal
>
> "Fe de erratas. La agitación rural frente a sus límites"

Llegados a este punto, la pregunta que se nos plantea es cómo salir de una ciudad cuyas murallas desaparecieron y sus límites se perdieron en el horizonte. La paradoja del proceso de urbanización industrial es que ha creado un mecanismo por el que cada vez que pretendemos escapar de la ciudad acabamos extendiendo su lógica a todo el territorio, desplegando su influencia a la totalidad de nuestra existencia social y, finalmente, poniendo en peligro la propia reproducción de la vida tal como la conocemos.

Si aceptamos, como señala la cita que encabeza este último capítulo, que "no existe un afuera", ¿qué sentido tiene entonces buscar una salida? La imagen de una condición humana desorientada, perdida en el laberinto urbano que una vez construyó para sentirse a resguardo, puede parecer desasosegante y quizá demasiado pesimista. Sobre todo, para aquellos reformadores que aún piensan en poder mejorar nuestra adaptación a esta vida en el laberinto. Con sus arquitecturas milagrosas y su inquebrantable optimismo en un desarrollo tecnológico que tendrá que resolverlo casi todo, los distintos planificadores y estrategas ofrecen sus novísimas soluciones a los problemas que una forma de sociedad determinada ha causado a lo largo de su desarrollo histórico; tratan de organizar de la manera más eficiente el espacio social como si ello permitiese detener su decadencia, y todo lo que escapa a su control no hace más que reforzar su paranoica necesidad de controlarlo todo.

El desarrollo económico, por supuesto, debe seguir su curso, no es posible ponerlo en duda, por tanto solo cabe cambiar los problemas

de lugar —o eliminar al mismo tiempo el lugar y el problema— con la esperanza de hallar al fin una combinación que satisfaga a quienes se sitúan del lado de la opresión, sin que por ello quienes la sufren tengan suficientes razones para rebelarse. Ese ha sido el reto histórico de toda planificación urbana. Y los planificadores solo aparecieron cuando la realidad orgánica de la ciudad comenzó a desaparecer. Murray Bookchin dijo al respecto: "El planeamiento urbano es […] una expresión de desconfianza en la espontaneidad de las relaciones sociales contemporáneas, y por una buena razón"[66].

Las "buenas razones" para desconfiar de la espontaneidad de las relaciones sociales contemporáneas no han dejado de multiplicarse. Como escribió Iván Illich: "La sociedad industrial es la única que se esfuerza por hacer que cada ciudadano sea un elemento que abrigar y por lo tanto está dispensado del deber de esta actividad comunitaria y social que llamo el arte de habitar"[67].

Como consecuencia, las formas de legitimación de poderes omnímodos han crecido de forma exponencial. Si ya no cabe albergar ninguna esperanza en nuestra forma de habitar el mundo, solo una organización exhaustiva del espacio social, y una huida hacia adelante en la construcción de un hábitat artificial, debidamente controlado y monitorizado, podrían mantener cierto orden. Un orden que mira hacia su impredecible porvenir con una mezcla de optimismo impostado y terror pánico, y que aspira a que el tránsito por la debacle mantenga intactos los privilegios de un modo de vida condenado a desaparecer —y que en gran medida solo existe en la imaginación de unos cuantos ingenieros de lo humano y de sus propagandistas—. Como alguien sentenció muy acertadamente, cuando los planificadores le dicen al público nosotros o el caos, cabe anticipar que serán ellos y el caos[68].

La ciudad dentro de los límites de la razón

En la expansión moderna del desarrollo urbano, una de las preocupaciones principales de los reformadores y revolucionarios de

todo signo fue mantener la ciudad dentro de los límites de la razón. Ordenar el caos físico de la aglomeración urbana surgida del primer capitalismo industrial llegó a convertirse en una tarea prioritaria para los defensores de la emancipación. Se trataba de acometer la construcción de un nuevo hábitat para una nueva humanidad. Tomar por asalto las fuerzas de la industria para lograr que produjesen una urbanización distinta a la que habían propiciado hasta entonces. Aplicar todo el ingenio técnico que la organización social moderna ponía a nuestro alcance para "racionalizar" la insana aglomeración precedente; esa Babel del pecado, el crimen y la corrupción, como se la solía describir.

Entre 1926 y 1965 la población urbana de la URSS creció del 18 al 53 por ciento. La fundación de nuevos asentamientos urbanos, en conjunción con el plan GOELPO (Plan Estatal para la electrificación de Rusia), se llevó a cabo mientras las corrientes "desurbanistas" proyectaban sus planes para la descentralización urbana de las grandes ciudades en los territorios soviéticos[69]. Se extendía la vida urbana, al tiempo que se pretendía eliminar la concentración en grandes ciudades.

El gran empeño del proyecto socialista fue organizar la urbanización bajo el criterio de la eficiencia de la producción industrial. La lógica histórica del desarrollo económico no se ponía en duda, sino que se llevaba a sus últimas consecuencias forzando unas pautas de habitar el espacio acordes con el avance de una civilización industrial "igualitaria", comandada por los planificadores y los forjadores de la revolución.

Marjelewski, socialista polaco que criticó las concentraciones urbanas como ámbitos funcionales a la dominación de clase y al ascenso del capitalismo, no pudo evitar, sin embargo, expresar ciertas reservas ante los proyectos del desurbanismo cuyo objetivo era hacer desaparecer la aglomeración de las ciudades: "¿Pero quién querrá hoy día discutir que las ciudades son precisamente los laboratorios del pensamiento humano, difusoras de la civilización y focos de la Ilustración?"[70].

Esta ambivalencia reflejaba, precisamente, las reticencias a la hora de perder por completo la confianza en la espontaneidad social y entregarse definitivamente a una organización exhaustiva del

hábitat de la sociedad. Las fuerzas desatadas por la industrialización se contemplaban, al mismo tiempo, como una promesa de liberación y un requerimiento para llevar la organización del tiempo y la regimentación del espacio a cotas cada vez más altas. Las vertientes utópicas, herederas de las ideas de Owen y Fourier, no dejaron de influir en esta concepción de una organización racional del espacio que sería capaz de producir un nuevo ser humano, adaptado a las novedosas pautas de la producción social del trabajo.

El mismo Le Corbusier, tantas veces acusado —con razón— de promover un "urbanismo de cuartel", escribía a M. Ginzburg, representante de la corriente desurbanista, en los siguientes términos: "Los hombres de todos los países y zonas climáticas aspiran a una vida colectiva. Y esta vida colectiva tiene como resultado productos industriales e intelectuales. El entendimiento solo se desarrolla en medio de masas humanas agrupadas. Esto es el fruto de la concentración. La dispersión desposee de la inteligencia y afloja todos los lazos de la disciplina… tanto material como espiritual"[71].

Ya fuese para salvaguardar los frutos de esa "agrupación humana" o para construir nuevos asentamientos donde la vida productiva y las necesidades de la reproducción fuesen satisfechas en condiciones de igualdad social, el recurso a la planificación del espacio salió reforzado con el ascenso de las sociedades plenamente industrializadas. La producción social del espacio se fue adaptando a marchas forzadas a los requerimientos técnicos de la era moderna. Siempre en base a una regulación y planificación de las distintas formas de hacer ciudad que la condición humana venía ensayando desde sus primeros asentamientos estables.

¿Era posible encorsetar en los estrechos márgenes de la razón instrumental la creación del hábitat artificial de las ciudades? ¿No suponía el mismo hecho de intentarlo una trágica reducción de sus dimensiones simbólicas, religiosas, culturales y políticas al ámbito de la mera producción? ¿Tenía que culminar la crítica de la expansión urbana capitalista, necesariamente, en la creación de "máquinas de habitar" diseminadas por todo el territorio? Así parece que sucedió en nuestra historia reciente. Las ciudades

contemporáneas heredaron, de ese modo, tanto los rasgos de la aglomeración lecorbuseriana en cuadrícula y la construcción en altura como la dispersión funcional en torno a ejes de transporte del desurbanismo y la ciudad lineal, sin cumplir en ningún caso las promesas de una transformación de la vida social en beneficio de la libertad humana.

La versión de esta racionalización urbanística, que una parte del anarquismo desarrolló, mostró también claras similitudes con los planes de desurbanización y de la organización industrial del espacio.

En 1932, Alfonso Martínez Rizo publicó su folleto La urbanística del porvenir[72]. En su propuesta auguraba que, con el advenimiento del comunismo libertario, las fuerzas que tendían a la concentración de la explotación humana en las ciudades y a la institucionalización del poder serían transformadas en fuerzas de dispersión, tendentes a reducir el tamaño de la urbe y a organizar su espacio en base a pautas racionales como las que ya se encontraban en la producción fabril.

En el plan de Martínez Rizo, los núcleos de población no superarían nunca los 100.000 habitantes. Para ciudades como Madrid y Barcelona, que en aquella época ya habían superado ampliamente ese umbral, proponía, directamente, "demoler el 80% de las viviendas construidas". El tráfico tendría que regularse por un "trazado de poblaciones" regido por la economía de tiempo, con el fin de ahorrar todos los minutos de trabajo perdidos en los desplazamientos a los centros de producción. El objetivo final era una distribución racional de la población en todo el territorio, planificada en torno a criterios científicos. A través de un Consejo Nacional del Trabajo, Martínez Rizo proponía impedir "cambiar caprichosamente de oficio ni de residencia" a los trabajadores, emparentando su proyecto con las propuestas de militarización de la fuerza de trabajo defendidas, entre otros, por Trotsky.

El proceso de urbanización, lejos de atender a cualquier pauta de espontaneidad en la creación social, debía, por el contrario, desarrollarse según las necesidades de la producción a escala nacional "ya que el país estará estructurado por industrias".

Llevar a la práctica un programa de renovación urbana de tal envergadura, como se puede imaginar, no dirigía hacia una liberación del trabajo humano de la servidumbre industrial, sino a su articulación en un nivel mayor, a una toma de posición a la cabeza de fuerzas devastadoras que permitieran transformar de raíz el espacio social, con la paradójica esperanza de que ese vasto proceso de regimentación traería, en última instancia, la libertad.

La racionalización del espacio urbano se encontraba ante los mismos problemas que se planteaban a la racionalización de la producción industrial y que se podrían resumir en uno: haciendo hincapié en la organización más eficiente de los medios, se perdían de vista muy a menudo los fines. Y así, tácitamente, se asumía que el fin de todo asentamiento humano debía estar regido por la producción y la economía para una mejor satisfacción de las necesidades. ¿Pero cuáles eran esas necesidades? ¿De dónde surgían? ¿También de la planificación? ¿No eran los fines humanos expresión de la propia capacidad para la autocreación y la trascendencia de sus limitaciones desarrollada durante milenios? ¿Dónde quedaba la creatividad en esta vida de terrario, en la que la articulación de la industria sobre el territorio se convertía en único objetivo de la vida urbana?

La pretensión de reconstruir ex nihilo el hábitat artificial que siglos de evolución humana habían ido conformando solo era posible depositando una fe ciega en las nuevas fuerzas de producción y su organización racional y científica. A menudo, aquellos que anhelaban una transformación más profunda de las condiciones de vida bajo el capitalismo cayeron en el error de reducir la idea de "ciudad" a una realidad exclusivamente económica y producida enteramente por el capitalismo. Colaboraron así, sin quererlo, con la desaparición paulatina de la espontaneidad y la creatividad, de la divergente multiplicidad de formas en las que el ser humano puede habitar el mundo. Se dio crédito al mito del progreso tecnológico como último estadio de la madurez civilizatoria, cuando en muchos aspectos representaba una profunda regresión hacia los aspectos más destructivos de la colonización, la guerra y la opresión.

De ese modo, cuando la creación social del espacio se quiso sustituir por una planificación urbana minuciosa al servicio del desarrollo de

las llamadas fuerzas de producción, se redactó la primera línea del acta de defunción de las ciudades.

Recrear la ciudad, desmantelar tecnópolis

Cuando en La ciudad anarquista americana Pierre Quirole sitúa a los libertarios en el poder de la capital ficticia llamada Las Delicias, el dilema que se plantea es el de la forma urbana y la relación que esta tiene con los ideales políticos. La megalópolis y su desarrollo ponen en primer plano aquello que los anarquistas combaten: el comercio, la riqueza, la masificación, el movimiento extraordinario del tráfico, la altura de los edificios, la extensión sin límite de la planta urbana…, todo ello "es opuesto a la realización del ideal anarquista, el cual consiste en agrupaciones reducidas de seres racionales que buscan en la asociación con sus semejantes el medio de obtener el máximo bienestar con el mínimo esfuerzo individual, y una libertad amplia, sin restricciones, que permita a cada uno de los miembros de dicha asociación disponer de su tiempo sin control"[73].

He aquí un perfecto resumen el problema planteado antes: ¿es la asociación de seres racionales que buscan "el máximo beneficio con el mínimo esfuerzo" la única razón por la que el ser humano ha tendido a la agrupación urbana históricamente? ¿No era ese fin del máximo beneficio al menor coste lo que perseguía precisamente el proceso de industrialización? Tal vez el problema de la combinación entre la planificación urbana y los ideales políticos no radica tanto en que la planificación pueda ser política como en que sea fundamentalmente ideal. Alrededor del plano de cualquier urbanización hay un espacio en blanco que expresa perfectamente cuán desligada de la experiencia del espacio como un lugar de reproducción social está la visión del planificador, y a qué fuerzas deberá rendirse desde el inicio si desea ver cumplidos y materializados los ensueños que ha alzado primero sobre el papel. De hecho, para la construcción de una ciudad anarquista que perseguía, según Quirole, esa libertad "amplia, sin restricciones" no

se podía prescindir de las novedosas formas de producción. Por ejemplo, tras la descripción de una agrupación de "chalets" con un fuerte regusto a ciudad jardín —y que en algunos momentos tiene un parecido sorprendente con lo que sería un reclamo publicitario de un resort de lujo en nuestros días— Quirole afronta la concreción material de su ensueño del siguiente modo: "Eran elegantes chalets de vidrio, de una sola pieza, fundidos en moldes gigantescos por medio de la electricidad"[74].

Consciente de la relación entre energía y trabajo, y del coste que supondría una producción industrial semejante, Quirole no tenía más remedio que abrazar la fe tecnológica y responder, ante las previsibles críticas a este punto débil de su argumento, que el gasto energético de estas fundiciones eléctricas sería compensado por "la economía de tiempo y de gente […], puesto que con ello se reemplazaba total o parcialmente varios gremios importantes: albañiles, ladrilleros, pintores, carreteros, etc."[75].

Es de nuevo el factor humano, el trabajo de la creación social, aquello condenado a desaparecer por el desarrollo del ideal. Albañiles, ladrilleros y pintores acabarían trabajando en los grandes moldes eléctricos para fundir el cristal y, sin necesidad de imaginar mucho, terminarían viviendo en tugurios construidos con materiales de desecho, arracimados en torno a los fantásticos "chalets" y palacios de cristal de la ciudad anarquista.

Los intentos de recrear la ciudad dentro de los moldes de la industria moderna han sido una constante del pensamiento urbanístico desde que la mecanización y el gobierno centralizado pretendiesen llevar a la práctica el mito de Prometeo sin querer sufrir castigo alguno por ello. En nuestros días, con la construcción mediante bloques de cemento prefabricados o la impresión 3D de casas enteras, parte de la utopía de Quirole se ha vuelto realidad, pero en cambio no se ve por ningún lado la asociación libre de semejantes ni una generalizada existencia en libertad y exenta del trabajo. Más bien al contrario, esta utopía tecnológica parcialmente realizada es paralela al aumento de la opresión y de las fuerzas e instituciones que la respaldan.

¿Habría algún modo de recrear la ciudad sin asumir los fines de la racionalidad económica? Esa es, en gran parte, la pregunta que se

plantea al final de nuestro recorrido por las diferentes formas que ha adoptado la destrucción de la ciudad. Pero no es mi intención ofrecer aquí un "programa" de reformas urbanas milagrosas o un retablo bucólico de las sociedades preindustriales. Quizá debamos conformarnos con explorar la siguiente intuición: recrear la ciudad será una de las consecuencias de los intentos más conscientes orientados a desmantelar Tecnópolis.

En un plano simbólico, Tecnópolis representa el proceso de desposesión y falta de autonomía y libertad que se da en la organización social contemporánea. Un proceso acelerado de pérdida de sensibilidad, cuyo efecto más visible es la pérdida de riqueza natural del mundo, gestionado como un conjunto de "recursos" desde hace casi dos siglos. Esta pérdida de sensibilidad sin precedentes, esta extenuación de la vida sobre la Tierra, es el fruto más maduro de la urbanización total de la existencia. El gran vertedero cuya contracara optimista es la mentira social para la que Tecnópolis ha dispuesto un arsenal de medios de condicionamiento y manipulación. La dependencia y la desmoralización son el resultado de este largo proceso, con sus revoluciones y contrarrevoluciones, que ha reducido drásticamente no solo la libertad humana, no solo su recuerdo, sino su deseo mismo. Los ejemplos de esta abulia existencial se multiplican ante la mirada de cualquiera que haya intentado el cultivo de la sensibilidad por algún medio a su alcance. Hay, por eso, multitud de frentes en los que luchar contra el envoltorio simbólico e ideológico que la urbanización construye a diario. Una cultura urbana refractaria a los designios del desarrollo tecnológico puede ser, por tanto, un buen motivo para permanecer juntos.

Pero Tecnópolis no es solo ese envoltorio, es una realidad material que condiciona el modo en el que satisfacemos nuestras necesidades más básicas. Se materializa en los lugares donde se centraliza la circulación de mercancías, información y personas. En otros donde se condensa la producción de energía, y también en los que se hacinan los excedentes de trabajo humano considerados irrecuperables para la razón económica. En lugares donde se vierten los subproductos tóxicos de un modo de vida saturado de nocividades, y en aquellos otros donde se experimenta con la existencia biológica con el fin de rendir la reproducción de la vida

al ciclo degradante de la mercancía.

Por lo general, esos lugares se encuentran apartados de la ciudad y representan la excrecencia de la vida urbana esparcida a todo el territorio. La lucha por detener la proliferación de estas infraestructuras es otra buena razón para permanecer juntos.

Hay quienes sostienen que desmantelar Tecnópolis es una tarea tan urgente como inabordable sin la participación de grandes y poderosas instituciones internacionales y el concurso de miles de "expertos" capaces de afrontar la desestabilización social, la incertidumbre y el caos que provocará una transición de esta naturaleza. Son los herederos directos de aquella desconfianza en la espontaneidad de las relaciones sociales, siempre prestos a asumir el mal menor e incluso el mal necesario, por nuestro bien. Por eso, en gran medida, son parte del problema. En lugar de considerar la salida de la ciudad sin límites como un proceso que debe situar en el centro de su reflexión las condiciones para la libertad humana, están convencidos de que es ya inevitable una evacuación de emergencia, con toda su parafernalia militar y de encuadramiento. Una evacuación que se viene practicando, hoy mismo, en las innumerables tierras quemadas con las que la modernización ha jalonado el planeta y que son ensayos generales para los técnicos en la administración del parque humano en extinción. Los más osados ya piensan en colonias humanas estables en la Luna o en Marte para que el expolio continúe en una nueva frontera de la civilización.

El regreso a Lower Binfield

George Orwell en Subir a por aire, una de sus novelas menos conocidas, hacía decir a su protagonista en un momento dado: "No hay regreso a Lower Binfield". George Bowling, un representante de la clase media inglesa venida a menos en el periodo de entreguerras, busca, en el curso de una aventura nostálgica, regresar al lugar de la felicidad de su infancia, justo en el momento en que está a punto de estallar la Segunda Guerra Mundial. Hastiado de la mediocridad de la vida en la ciudad, emprende en

secreto un viaje a Lower Binfield, la localidad donde transcurrió su niñez, con la pretensión de "subir a por aire". Lo que encuentra, sin embargo, es un lugar que el mundo moderno ha transformado casi por completo, que no guarda ninguna relación con sus recuerdos y que, en vez de darle un respiro, acentúa su asfixia vital. A punto de iniciarse los preparativos de la guerra, los aviones sobrevuelan Lower Binfield y una bomba de la RAF cae por error en plena plaza del pueblo, poniendo fin, de manera abrupta, a la aventura del señor Bowling. El protagonista emprende la vuelta a la ciudad, convencido de haber perdido un mundo y de estar a punto de asistir a su destrucción definitiva. De ahí su conclusión: el regreso no es posible, porque con el avance del mundo moderno han desaparecido los lugares en los que nos sentíamos resguardados: "[…] yo había venido a Lower Binfield con una pregunta: ¿qué nos espera?, ¿está ya decidido el juego?, ¿podemos volver a la vida de antes o se ha terminado esta para siempre? Pues bien, ahora tenía la respuesta. La vida de antes ha terminado, y andar buscándola es sencillamente perder el tiempo. No hay regreso a Lower Binfield. No se puede meter a Jonás otra vez dentro de la ballena"[76].

Conclusión que algunos tacharán de nostálgica, sensiblera e incluso reaccionaria, pero portadora, a mi juicio, de una verdad insoslayable. Orwell se expone abiertamente a esas acusaciones con la elección del protagonista, su extracción social y su ideario político, su falta de heroísmo y su poco edificante viaje de ida y vuelta, que además nos narra en primera persona. Pero eso no le resta valor a la conclusión: el avance de una sociedad industrial y plenamente urbanizada es un proceso de desposesión que afecta a todas las dimensiones de la condición humana. Y ni siquiera nuestros nostálgicos recuerdos están a salvo cuando el progreso cae sobre nosotros en forma de bombas lanzadas desde un avión.

El impulso de "regresar", de salir de la ciudad sin límites, que atenaza al protagonista de Subir a por aire comenzó a generalizarse y hacerse más fuerte desde que el proceso de urbanización se extendió a todo tiempo y lugar. Y es muy probable que se acreciente a medida que avance la culminación de los tiempos modernos. Pero ese anhelo de regreso puede presentar tanto las formas políticas más radicales como las más reaccionarias; en cualquier caso, parece claro que no será un anhelo progresista. En

todo el mundo se puede constatar hoy el cariz de algunos “regresos” que llegan a ser tan horribles como la destrucción de la sensibilidad que provoca Tecnópolis y que, en muchos aspectos, son consecuencia directa de esa misma insensibilización. Los regresos al origen están llenos de silencios que matan.

Los intentos radicales, aquellos que son más conscientes de los peligros y las encrucijadas que atravesarán para salir de la ciudad sin límites, son minoritarios y se ven abocados a menudo a conclusiones similares a las del protagonista de Subir a por aire: “Ningún tiempo ha sido tan malo para buscar un lugar de reposo, de resguardo. Las palabras con las que aprendimos a pensar nos impiden comunicar lo que vivimos y, por si eso no bastara, todo parece indicar que no podemos esperar gran cosa de lo que está por llegar”[77].

No basta con dar la espalda a Tecnópolis, es necesario desmantelarla y, al mismo tiempo, renunciar a los medios que pone a nuestro alcance el desarrollo tecnológico. Un requerimiento, para qué ocultarlo, que en muchos aspectos puede resultar insostenible.

Abordar la satisfacción de las necesidades básicas desde la búsqueda de la autonomía y la ruptura radical con el mundo industrial es una condición necesaria, pero no suficiente, para salir de la ciudad sin límites. No existe un lugar al que podamos mudarnos sin llevar a cuestas nuestro aprendizaje en la sumisión moderna. Porque el “lugar” no es solo el territorio, sino las relaciones sociales que se crean en él, las formas culturales que una comunidad establece en el proceso de habitarlo y los equilibrios que restaura constantemente entre la realidad artificial de la agrupación humana y la reproducción orgánica de la vida.

La búsqueda de esos equilibrios para satisfacer las necesidades básicas y dotar de fines trascendentes a la existencia fueron de la mano durante milenios de evolución humana. Las enormes energías movilizadas en el curso de aquella búsqueda fueron suficientes para alzar imperios y luego derrocarlos, para fundar grandes ciudades y después abandonarlas. El intento por controlar aquellas fuerzas, encauzarlas y mantener sus conquistas dio lugar a aparatos de dominación que en algún momento tuvieron a su alcance la capacidad para aniquilar a la humanidad entera como se demostró

en Hiroshima y, sobre todo, en Nagasaki[78].

Hoy aquellas energías humanas parecen agotadas y son sustituidas progresivamente por las fuerzas de la organización técnica y del Estado, que han destruido gran parte de las razones que hacían la vida urbana digna de ser vivida.

Quienes deseen salir de la ciudad sin límites deberán, por tanto, afrontar el siguiente interrogante: ¿podremos aún vencer estas fuerzas recuperando parte de aquellas energías?

Bibliografía

Anders, Günther (2003): Más allá de los límites de la conciencia, Barcelona, Paidós.

Arenas, Luis (2011): Fantasmas de la vida moderna. Ampliaciones y quiebras del sujeto en la ciudad contemporánea, Madrid, Trotta.

Badal, Marc (2012): "Fe de erratas. La agitación rural frente a sus límites", Raíces, nº 4.

— (2014): Vidas a la intemperie. Notas preliminares sobre el campesinado, Madrid, Ediciones Campo Adentro.

Basalla, George (2011): La evolución de la tecnología, Barcelona, Crítica.

Bettini, Virginio (1998): Elementos de ecología urbana, Madrid, Trotta.

Bookchin, Murray (1978): Los límites de la ciudad, Madrid, Blume.

Capel, Horacio (2003): La cosmópolis y la ciudad, Barcelona, Ediciones del Serbal.

Chueca Goitia, Fernando (2011): Breve historia del urbanismo, Madrid, Alianza.

Ciorra, Pippo (1994): Peter Eisenman. Obras y proyectos, Madrid, Electa.

De Vries, Jan (1987): La urbanización de Europa 1500-1800, Barcelona, Crítica.

Foster, Hal (2004): Diseño y delito, Barcelona, Akal.

García Vázquez, Carlos (2011): Antípolis. El desvanecimiento de lo

urbano en el Cinturón del Sol, Barcelona, Gustavo Gili.

Geddes, Patrick (2009): Ciudades en evolución, Oviedo, KRK.

Glaeser, Edward (2011): El triunfo de las ciudades, Madrid, Taurus.

Goldzamt, Edmund (1980): El urbanismo en la Europa socialista, Barcelona, Gustavo Gili.

Gómez Tóvar y otros (1991): Utopías libertarias americanas. La ciudad anarquista americana de Pierre Quirole, Madrid, Ediciones Tuero.

Gordon Childe, V. (2008): ¿Qué sucedió en la historia?, Barcelona, Crítica.

Harvey, David (1998): La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural, Buenos Aires, Amorrortu.

— (2007): Urbanismo y desigualdad social, Madrid, Siglo XXI.

Herce, Manuel (2013): El negocio del territorio. Evolución y perspectivas de la ciudad moderna, Madrid, Alianza.

Illich, Iván (2008): Obras reunidas II, México D.F., FCE.

Ito, Toyo (2007): Escritos, Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos.

Jencks, Charles (1984): El lenguaje de la arquitectura posmoderna, Barcelona, Gustavo Gili.

Krakauer, Siegfried (2009): Construcciones y perspectivas. (El ornamento de la masa 2), Barcelona, Gedisa.

Landauer, Gustav (1977): La revolución, Barcelona, Tusquets.

Le Corbusier (2007): Cuando las catedrales eran blancas. Viaje al país de los tímidos, Madrid, Apóstrofe.

Martínez Rizo, Alfonso (1932): La urbanística del porvenir,

Valencia, Cuadernos de Cultura.

Masjuan, Eduard (2000): La ecología humana en el anarquismo ibérico. Urbanismo “orgánico” o ecológico, neomalthusianismo y naturismo social, Barcelona, Icaria.

Merquior, J. G. (1985): Foucault o el nihilismo de cátedra, México D.F., FCE.

Moix, Llàtzer (2010): Arquitectura milagrosa, Barcelona, Anagrama.

Mumford, Lewis (2004): Historia natural de la urbanización, Barcelona, Etcétera.

— (2012): La ciudad en la historia, Logroño, Pepitas de calabaza.

— (2016): Ensayos. Interpretaciones y pronósticos, Logroño, Pepitas de calabaza.

Muñoz, Fernando (2010): Urbanalización. Paisajes comunes, lugares globales, Barcelona, Gustavo Gili.

Orwell, George (2006): Subir a por aire, Barcelona, Destino.

Pirenne, Henri (2007): Las ciudades de la Edad Media, Madrid, Alianza.

— (2009): La democracia urbana: una vieja historia, Madrid, Capitán Swing.

Polanyi, Karl (2011): La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Postman, Neil (1994): Tecnópolis. La rendición de la cultura a la tecnología, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

Rosa, Harmut (2016): Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía, Madrid, Katz.

Rossi, Aldo (1976): La arquitectura de la ciudad, Barcelona, Gustavo Gili.

Schneider, Helmuth (2009): La técnica en el mundo antiguo: Una introducción, Madrid, Alianza.

Schorske, Carl (2011): La Viena de fin de siglo, Buenos Aires, Siglo XXI.

Semprun, Jaime y Riesel, René (2011): Catastrofismo. Administración del desastre y sumisión sostenible, Logroño, Pepitas de calabaza.

Smith, Neil (2012): La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación, Madrid, Traficantes de sueños.

Snyder, Gary (2016): La práctica de lo salvaje, Madrid, Varasek.

Soja, Edward W. (2008): Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones, Madrid, Traficantes de sueños.

Sudjic, Deyan (2010): La arquitectura del poder, Barcelona, Ariel.

VV AA (2002): Potlach. Internacional letrista (1954-1959), Madrid, Literatura gris.

Venturi, Robert y otros ([1972] 2006a): Complejidad y contradicción en arquitectura, Barcelona, Gustavo Gili.

— ([1978] 2006b): Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica, Barcelona, Gustavo Gili.

Watson, David (1997): Against the Megamachine. Essays on Empire & its Enemies, Nueva York, Autonomedia.

White, Lynn (1990): Tecnología medieval y cambio social, Barcelona, Paidós.

NOTAS

1 . Edward W. Soja, en Postmetrópolis, realiza lo que denomina una “inversión provocativa” al situar la ciudad antes de la adopción de la agricultura, rastreando para ello los hallazgos en las excavaciones de lo que sería el primer asentamiento estable en Jericó, y complementando la hipótesis tradicional el surgimiento de la ciudad en la historia. Con esta nueva perspectiva introduce los asentamientos estables dentro de economías de cazadores-recolectores y traslada los orígenes de la ciudad hasta hace 10.000 años.

2 . Para una descripción de la “revolución urbana” que tuvo lugar en Mesopotamia en torno al año 3.000 a.C, y su relación con los intentos de formar imperios estables, establecer el primer alfabeto y la homogeneización de las unidades de medida, véase V. Gordon Childe, ¿Qué sucedió en la historia?

3 . En La ciudad en la historia.

4 . En Urbanismo y desigualdad social, p. 164.

5 . En La urbanización de Europa 1500-1800, pp. 340-341.

6 . Marc Badal, Vidas a la intemperie. Notas preliminares sobre el campesinado.

7 . Véase en este mismo libro el capítulo 3 “Ciudad y arquitectura posmoderna”.

8 . El caso del barrio del Cabanyal, en la ciudad de Valencia, es un ejemplo paradigmático de este tipo de lucha.

9 . Neil Smith, al final de La nueva frontera urbana (véase bibliografía), analiza estos procesos de desgentrificación en algunas ciudades estadounidenses. Procesos que, con retraso, comenzarán a darse también en las ciudades europeas.

10 . Igual que ha sucedido con algunas ciudades que basaron su crecimiento en la industria automovilística o del acero, como Detroit o Pittsburgh. Se puede encontrar una descripción de estos procesos (cargada de neoliberalismo y darwinismo urbano) en Edward Glaeser, El triunfo de las ciudades.

11 . Francisco Muñoz, Urbanalización. Paisajes comunes, lugares globales.

12 . Harmut Rosa, Alienación y aceleración, p. 74.

13 . Carlos García Vázquez, Antípolis. El desvanecimiento de lo urbano en el Cinturón del Sol.

14 . Para la descripción de esta relación etimológica y del

significado del comunal en la historia de la humanidad, véase Gary Snyder, La práctica de lo salvaje.

15 . Carlos García Vázquez, ob. cit., p. 28.

16 . Lewis Mumford, Historia natural de la urbanización, p. 4.

17 . Gustav Landauer, La revolución, p. 70.

18 . Louis Wirth fue uno de los principales exponentes de la conocida como Escuela de Chicago, que, durante la primera mitad del siglo XX, realizó estudios sobre "ecología urbana" y sobre los efectos del desarrollo urbano en la conducta y la personalidad de los habitantes de las grandes ciudades. El artículo citado se publicó por primera vez en el número 44 de la American Journal of Sociology, en 1938 (en castellano, se puede consultar en http://www.bifurcaciones.cl/002/bifurcaciones_002_reserva.pdf).

19 . Por ejemplo, David Watson, en su ensayo "On the Road to Nowhere", recogido en Against the Megamachine. Essays on Empire & its Enemies.

20 . Horacio Capel, La cosmópolis y la ciudad, p. 166.

21 . Los crecimientos más espectaculares, entre 1850 y 1900, fueron los de Londres (de 2,6 millones a 6,6 millones), París (de 1 millón a 2,7 millones) y Berlín (de 0,4 millones a 1,8 millones).

22 . El Departamento de Estado de Vivienda y Desarrollo Urbano de Estados Unidos ha gastado desde 1993 más de 200 millones de dólares en derribar 70.000 viviendas. En el año 2000, la ciudad de Leipzig (Alemania) tenía como objetivo prioritario de sus planes urbanos destruir 20.000 unidades de vivienda vacía (Glaeser, 2011). En el Estado español, el número de viviendas vacías, según el informe del INE de 2011, ascendía a 3,44 millones.

23 . Fernando Chueca Goitia, Breve historia del urbanismo, p. 22.

24 . En Las ciudades de la Edad Media.

25 . En El sustento del hombre.

26 . Henri Pirenne, La democracia urbana: una vieja historia, p. 269. Salvo referencia expresa, las citas entrecomilladas de los siguientes párrafos corresponden a esta obra.

27 . En La ciudad en la historia, p. 524.

28 . Manuel Herce, El negocio del territorio. Evolución y perspectivas de la ciudad moderna, p. 37.

29 . Jean-Pierre Garnier, citado en Herce, ob. cit., p. 148.

30 . En su folleto Sobre el problema de la vivienda.

31 . La crisis fiscal que hundió Nueva York en 1975 se extendió durante los años ochenta a otras ciudades de países industrializados. Tras la debacle en bolsa de las “tecnológicas”, durante los años noventa, el capital financiero volvió a propiciar una ola de desarrollo urbanístico, de la que el Estado español ha sido, con creces, uno de los casos paradigmáticos. La quiebra de 2008 ha supuesto el último acto de estas crisis urbanas propiciadas por la especulación financiera, y ha demostrado una vez más cómo el proceso de urbanización es inseparable de la generación de deuda y del aumento del poder de los mercados sobre cualquier forma de regulación social.

32 . El término lo acuñó en su estudio London: Aspects of Change. Para una historia reciente de los procesos de gentrificación y su relación con la nueva división internacional del trabajo y la reestructuración de las economías capitalistas, véase Neil Smith, La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación.

33 . Para una descripción de estas comunidades cerradas y sus pretensiones de “independencia” urbana, véase Edward W. Soja, Postmetrópolis (en especial, el capítulo 10).

34 . Edmund Goldzamt, El urbanismo en la Europa socialista.

35 . En La condición de la posmodernidad, p. 128.

36 . En Cuando las catedrales eran blancas, p. 291.

37 . Véase el artículo “El gran juego por llegar”, Potlach (Internacional Letrista), Madrid, Literatura Gris.

38 . Aldo Rossi, La arquitectura de la ciudad, p. 62.

39 . Ibídem, p. 64.

40 . Véase Carl Schorske, La Viena de fin de siglo.

41 . En El lenguaje de la arquitectura posmoderna, p. 12.

42 . En Foucault o el nihilismo de la cátedra.

43 . Luis Arenas, Fantasmas de la vida moderna, p. 41.

44 . Ibídem, p. 58. El manuscrito es un texto escrito en un alfabeto indescifrable; los intentos por hallar una clave para interpretarlo han sido hasta ahora inútiles.

45 . Citado en P. Ciorra, Peter Eisenman. Obras y proyectos, p. 72.

46 . Véase Hal Foster, Diseño y delito, p. 35.

47 . Véase Deyan Sudjic, La arquitectura del poder.

48 . Para una documentada descripción, véase Llàtzer Moix, Arquitectura milagrosa.

49 . En “Siete Puntos”, Minerva, nº 8, 2008, pp. 30-32.

50 . Toyo Ito, Escritos, pp. 98-99.

51 . Ibídem, p. 99.

52 . Ibídem, p. 101.

53 . Ibídem, p. 17.

54 . Ibídem, p. 65.

55 . Ibídem, p. 37.

56 . En La arquitectura del poder, p. 30.

57 . Véase Dominique Perrault, “Habitar la naturaleza artificial”, Minerva, nº 8, 2008, pp. 33-34.

58 . Los Theatrum Machinarum eran libros que describían máquinas reales y otras que eran extrapolaciones fantásticas de las que ya existían. Entre 1400 y 1600 se publicaron gran cantidad de ellos. Uno de los más conocidos fue Le diverse et artificiose machine, de Agostino Ranelli (1588). Véase George Basalla, La evolución de la tecnología.

59 . En su ensayo de 1965 “La Utopía, la Ciudad y la Máquina”, en Ensayos. Interpretaciones y pronósticos, p. 427.

60 . Para una descripción del grado de desarrollo técnico de las polis griegas, véase Helmuth Schneider, La técnica en el mundo antiguo: Una introducción.

61 . Hace poco, el arquitecto Norman Foster contaba en una entrevista que ya tenía pensadas soluciones técnicas para la construcción de colonias humanas en la Luna, El País, 4/12/15.

62 . Lewis Mumford, La ciudad en la historia, p. 61.

63 . Por ejemplo, la fruta de Marruecos que se vende en Mercamadrid pasa antes por un almacén en Perpiñán.

64 . Véase Lynn White, Tecnología medieval y cambio social.

65 . Véase Neil Postman, Tecnópolis, p. 10.

66 . En Los límites de la ciudad, p. 30.

67 . En Obras reunidas II, p. 466.

68 . Jaime Semprun y René Riesel, Catastrofismo. Administración del desastre y sumisión sostenible.

69 . Véase el caso de los planes para la “nueva Moscú” de A. Schtschusyew y I. Glosow, en Edmund Goldzamt, El urbanismo en la Europa socialista.

70 . Citado en Goldzamt, ibídem, p. 49.

71 . Ibídem, p. 56.

72 . Eduard Masjuan, en su estudio La ecología humana en el anarquismo ibérico. Urbanismo “orgánico” o ecológico, neomalthusianismo y naturismo social, cita este trabajo como uno de los exponentes de las iniciativas anarquistas para construir la Ciudad Ideal durante los años treinta del siglo pasado. Las citas han sido extraídas del original de Martínez Rizo.

73 . Véase el estudio de Luis Gómez Tóvar y otros, Utopías

libertarias americanas. La ciudad anarquista americana de Pierre Quirole, que incluye la obra original, p. 162.

74 . Pierre Quirole, La ciudad anarquista americana, p. 48.

75 . Ibídem, p. 43.

76 . George Orwell, Subir a por aire, p. 252.

77 . Marc Badal, “Fe de erratas. La agitación rural frente a sus límites”, en Raíces, nº 4, pp. 78-87.

78 . Para Nagasaki ya se conocía el resultado de la primera bomba nuclear, lanzada tres días antes sobre Hiroshima, lo que no impidió el segundo bombardeo. Así se demostró que no solo existía la capacidad técnica para la aniquilación, sino también la incapacidad moral para valorar sus consecuencias. Véase Günther Anders, Más allá de los límites de la conciencia.